

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Medidas de seguridad

Brigitte llega a París en respuesta a un telegrama que creía emitido por su amigo *Monsieur* Nez. Pero quien lo ha enviado es un agente del SDECE, a petición de Nez, que se encuentra hospitalizado. Ha sufrido un accidente de coche que, en opinión de todos, ha sido un atentado. *Monsieur* Nez estaba comprobando las medidas de seguridad en torno a un lugar al que llaman «El Centro».



Lou Carrigan

Medidas de seguridad

Brigitte en acción - 269

ePub r1.0
Titivillus 20-04-2019

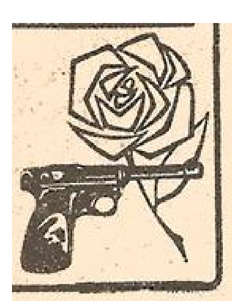
Lou Carrigan, 1979
Diseño de portada: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: NoTanMalo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





epublibre
Proyecto Scriptorium
Edición conmemorativa
VI Aniversario



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

El avión, procedente de París, tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto de Marignane, cerca de Marsella. Los pasajeros de este vuelo nacional, frescos y descansados, aparecían, pocos minutos después, en el vestíbulo. Sólo dos o tres llevaban equipaje que podía ser considerado importante. Los demás, pequeñas maletas o portafolios, en los que se suponía portaban lo necesario para un viajé muy breve, y que significaba, o bien el regreso a Marsella, o bien que su estancia allí iba a ser tan breve que no valía la pena cargar con muchas cosas.

La señorita Brigitte Montfort era una de las pasajeras de aquel vuelo, recién llegada. Pese a su nombre, no era francesa, sino norteamericana. De Nueva York. Pero había entrado en el país el día antes, por Orly, de modo que aquel día siguiente, en Marsella, nadie le pidió pasaporte alguno. Es más: si cualquiera de los hombres que la miraban hubiesen recibido la información de que la bellísima muchacha de los ojos azules y la piel color de sol no era francesa, sino yanqui, se habrían sorprendido primero, y exclamado después:

—¡Imposible! Es francesa. Y además, de París… Observe usted su belleza, su gracia, su elegancia, su gesto… ¡Ya lo creo que esa encantadora señorita es de París!

Pero se habría equivocado, ciertamente. La señorita Montfort era norteamericana, periodista, y además, espía. Ni más ni menos que la agente N. Y. 7117 de la CIA. Más claro todavía: la mundialmente famosa, temida y admirada agente Baby, reina absoluta e indiscutible, desde hacía años, del espionaje internacional. Como Brigitte Montfort era conocida en todo el mundo. Como Baby, muy pocas personas podían identificarla…

—¿Señorita Montfort?

Brigitte ya había visto al hombre que se acercaba decididamente

a ella, y se había detenido, fingiendo que se disponía a abrir su maletín rojo, con florecidas azules, para sacar algo de su interior. Miró al hombre con gesto afable, tranquilo.

—Sí, en efecto —asintió.

El hombre sonrió ampliamente.

—Me llamo Dupré, y soy del SDECE[1]. ¿Me permite invitarla a un café?

—No es por despreciarlo a usted, pero tengo entendido que debería ser otra persona la que me invitase, señor Dupré.

—Sí, lo sé. Voy a rogarle que tenga confianza en mí, y que espere unos minutos, mientras tomamos el café. Con su permiso, voy a informar de su llegada, además.

—Está bien.

Dupré sacó de un bolsillo interior una pequeña radio, que cabía perfectamente en el hueco de su mano, efectuó el contacto, y manteniendo la mano ante la boca, musitó:

—Soy Dupré: ella ha llegado.

—¿Cuándo? —inquirió una voz de hombre.

—Hace diez minutos; procedente de París, desde luego.

—Dile que espere diez minutos, por favor, Pierre.

—De acuerdo.

La conversación fue tan rápida, y sobre todo tan discreta, que solamente Brigitte se dio cuenta. Dupré guardo la radio, y tendió la mano hacia el maletín de la divina espía internacional.

—Permítame que…

—El maletín siempre lo llevo yo.

—De ninguna manera. No puedo permitir…

—Lo llevaré yo, señor Dupré.

—Bien… Como guste. ¿Vamos a tomar café? O cualquier cosa que le venga de gusto, se entiende.

—El café está bien.

Se dirigieron hacia el bar. Al paso de Brigitte Montfort, que llevaba un elegantísimo conjunto estival, de tono blanco y azul, los hombres volvían la cabeza, atónitos, incrédulos, al borde del pasmo absoluto, con riesgo de quedar convertidos en piedra para siempre; las mujeres, con un destello de envidia en los ojos, fruncían el ceño cuando pasaba aquella hembra que ellas eran las primeras en catalogar como excepcional. Con sus zapatos de tacón no

excesivamente alto, la señorita Montfort rebasaba el metro setenta y cinco; a su paso, ocasionaba una especie de paralización general. Los hombres, especialmente, no sabían si mirar las bellísimas piernas, los grandioso ojos color cielo, la boca sonrosada de dulce gesto, la delicada línea de la garganta y los hombros…

—Supongo que está usted acostumbrada —sonrió Dupré.

—¿A qué?

—A la admiración que provoca a su paso.

—Ah, sí. La mayoría de las veces, ya ni siquiera me doy cuenta.

—¡Eso es difícil de creer! —rió el hombre del SDECE.

Llegaron al bar. Dupré pidió café para los dos, y ofreció cigarrillos a Brigitte. Aún no había terminado el cigarrillo, pero sí el café, cuando llegó otro hombre, con gesto apresurado. Al verlos, toda su actitud cambió, mostrándose tranquilo, ya sin prisa alguna.

Se acercó a la mesa, y el otro se puso en pie, al verlo. Brigitte miró al recién llegado con más atención. Era un hombre alto, hermoso, de unos treinta y cinco años como máximo. Atlético, porte elegante, seguro de sí mismo. Era muy rubio, de ojos claros, expresión risueña, inteligente.

Dupré lo presentó:

—Él es Jules Thevenet, uno de los más jóvenes y capacitados jefes del servicio, habitualmente residente en París.

Thevenet tendió su mano a Brigitte, que hizo lo propio, sin dejar de estudiar aquellas facciones hermosas y bronceadas. Aparentemente, todo estaba bien, pero Thevenet sonrió y musitó:

—Relájese. Todo va bien… Es decir, aceptablemente bien. La persona que debía haber venido a esperarla está herida. ¿Me permitiría ver su pasaporte, por favor?

Por un instante, los dulces labios de Brigitte Montfort se apretaron en un gesto sorprendentemente seco y hostil.

—Me parece —musitó acto seguido— que esta entrevista es del todo inútil. Por lo tanto…

—Por favor —Thevenet puso una mano sobre el antebrazo de Brigitte—. Se lo suplico, señorita Montfort, permítame ver su pasaporte. Queremos estar seguros de que es usted.

Brigitte no dijo nada. Miró la mano que descansaba en su antebrazo, y Thevenet la retiró, lentamente. Todavía titubeó la espía, unos segundos. Por fin, abrió el maletín, sacó el pasaporte, y

lo entregó a Thevenet, que lo miró con inusitada atención.

—De acuerdo —lo devolvió sonriendo—. Perdone las precauciones, pero después de lo sucedido, debemos ser muy cautos.

—Cautos hay que serlo siempre —dijo Brigitte, guardando el pasaporte—. ¿Qué ha sucedido?

—Su amigo de usted, el hombre al que llama *Monsieur* Nez, ha tenido un… «accidente». Siendo del todo imposible para él venir a recibirla, me ha dejado encargado de todo.

Brigitte apagó el cigarrillo en el cenicero, y de nuevo miró con suma atención a Jules Thevenet.

—Lo siento por el buen *Monsieur* Nez[2] —murmuró—. ¿Qué clase de accidente?

—Pues, nosotros pensamos que el accidente propio de los que nos dedicamos a esta profesión. Usted ya entiende que estoy hablándole de un intento de asesinato.

—¿Por qué procedimiento? ¿Directo o encubierto?

—Encubierto, en forma de accidente de coche. Un automóvil estuvo a punto de matar a *Monsieur* Nez cuando estaba cruzando una calle.

—¿En París?

—En Aviñón. Por supuesto, usted sabe que Aviñón es…

—Conozco bien Francia, señor Thevenet. Sé dónde está Aviñón. ¿Cuándo intentaron matar a *Monsieur* Nez? ¿Antes o después de que me enviase el telegrama?

—Antes. El telegrama a que usted se refiere se lo envié yo, siguiendo instrucciones de él, claro está.

—¿Lo envió usted personalmente?

—Así es.

—¿Tiene la bondad de repetirme el texto? Textualmente, es obvio.

—Sí, con gusto. El telegrama dice exactamente: «Suplicamos su presencia en Marsella cuanto antes punto por favor llegue procedente de París si es posible punto saludos Nez».

Brigitte había desdoblado un telegrama, que estuvo mirando mientras Thevenet hablaba. El telegrama decía:

SUPLICAMOS SU PRESENCIA EN MARSELLA

CUANTO ANTES. *STOP*. POR FAVOR, LLEGUE PROCEDENTE DE PARIS, SI ES POSIBLE. *STOP*. SALUDOS, NEZ.

La espía más peligrosa del mundo asintió, guardó el telegrama en el maletín, y miró, ya más amablemente, a Thevenet.

—Explíqueme qué le ha ocurrido exactamente a *Monsieur* Nez.

—¿Le parece que hablemos en el coche? Mientras le digo lo poco que sé, iremos a ver a *Monsieur* Nez.

—¿A Aviñón?

—No. Después del accidente, simulamos que Nez había fallecido, y lo trajimos a Marsella. Se está reponiendo lentamente en una casa, en un domicilio privado de la rue Benoit Malon… ¿Conoce usted Marsella?

—Un poco. ¿Debo entender que, a todos los efectos, *Monsieur* Nez ha fallecido?

—Sí. Por fortuna, en la realidad está mejorando rápidamente de su accidente.

—¿Podré hablar con él?

Jules Thevenet vaciló, pero acabó por asentir.

—Espero que no haya inconveniente. ¿Nos vamos?

Brigitte se puso en pie. Pierre Dupré dejó unos billetes sobre la mesa, y los tres se dirigieron hacia la salida. Pocos minutos más tarde, en un coche, estaban camino de Marsella.

—Como usted habrá ya comprendido —dijo Thevenet—, *Monsieur* Nez fue quien nos dijo cómo identificarla a usted, a su llegada de París. En cuanto a pedirle que llegase procedente de la capital, fue precisamente para simplificarnos el trabajo, al tener que esperar aviones de una sola procedencia.

—¿Y cómo les dijo *Monsieur* Nez que podrían identificarme?

—Nos dijo —sonrió Dupré, al volante del «Renault 12»— que cuando pensásemos que ya no podía haber otra mujer igual en el mundo, ésa seria usted. Se refería, por supuesto, a su belleza.

—Son ustedes muy amables. ¿Qué ocurrió exactamente?

—Exactamente no lo sabemos. Sabemos que *Monsieur* Nez fue atropellado por un auto, a juicio de él, con toda premeditación. Las dudas existen respecto a los motivos del atentado.

—¿Qué hacia él en Aviñón?

—Esa es una buena pregunta —sonrió Thevenet—. Nosotros estamos en la duda de si fue agredido como represalia por algo sucedido hace tiempo, por algún viejo enemigo que ha estado esperando una oportunidad, o ha sido por causas… modernas. En el primer caso, vamos a encargarnos nosotros de hacer el ajuste de cuentas, si procede y conviene. Pero, *Monsieur* Nez teme que haya sido por causas modernas, y no relacionadas con venganza alguna.

—No comprendo.

—Me ha preguntado usted qué hacía Nez en Aviñón… Bien, se disponía a comprobar si las medidas de seguridad adoptadas en cierta pequeña villa en Aviñón eran realmente eficaces. Mejor dicho, no exactamente en la misma Aviñón, sino en un encantador pueblecito, cercano a Aviñón, llamado Chateaurenard. En esa pequeña villa, sita en Chateaurenard hay unas… instalaciones nuevas, y en París quisieron saber si estaban bien protegidas, bien seguras. Enviaron a *Monsieur* Nez, con un equipo de expertos en infiltraciones de todas clases, desde el simple comando de acción a los medios más sofisticados. Se trataba de saber si ese equipo, dirigido por *Monsieur* Nez, podía acceder al interior de la villa y conseguir determinada información en ella…

—¿Algo así como unas maniobras de espionaje?

—Sí… Algo así, efectivamente. Pero maniobras reales, ya que el personal instalado en la villa de Chateaurenard no saben que París ha preparado este asunto para cerciorarse de que las medidas de seguridad adoptadas en la villa son las adecuadas… Lo que significa que los del Centro, incluso podrían haber matado a alguno de los nuestros, en esas maniobras.

—¿Los del Centro? —Alzó las cejas Brigitte.

—Oh, perdón… Nosotros llamamos El Centro a esa pequeña villa de Chateaurenard.

—Entiendo. ¿Qué hay en esa villa…, en El Centro?

De nuevo titubeó Jules Thevenet.

—Yo preferiría, si no va usted a molestarse, que eso se lo explicase el propio *Monsieur* Nez, señorita Montfort.

—De acuerdo. Sigamos hablando del accidente, entonces… Quedamos en que si el asunto es una vieja venganza, yo no tengo que intervenir, ustedes se encargarán de resolver la cuestión. Ahora bien, si ustedes me han pedido que venga es porque, en el fondo, no

creen que se trate de eso, sino de algo… moderno, algo en lo que esperan que yo pueda ayudarles. ¿No es así?

—Desde luego. El temor de *Monsieur* Nez es que alguien se haya enterado de la existencia del Centro, y posiblemente de lo que se hace en él, o al menos parte de lo que se hace en él, y que el accidente fuese, en realidad, un intento de secuestro o alguna acción encaminada a impedir que él comprobase que todo estaba bien allá, es decir, que se trate de evitar que él ponga a prueba las medidas de seguridad del Centro. En realidad, éste es el temor más grande, ya que implica que si alguien pretende impedir que las medidas de seguridad sean comprobadas es porque tales medidas de seguridad del Centro no son todo lo eficaces que convendría.

Es decir, que El Centro puede ser… invadido, de una forma u otra, o sea que alguien, por algún procedimiento, puede tener acceso a su interior y a toda la información que se podría obtener allá dentro.

—En ese caso, sería conveniente provocar una alarma general en El Centro, ¿no?

—En El Centro están siempre en alarma general. Se supone que es inaccesible e inexpugnable. *Monsieur* Nez ha pensado que una alarma no serviría de nada, ya que las personas que trabajan en El Centro están convencidas de que éste es inexpugnable. No harían nada especial. Sin embargo, el atentado sufrido por *Monsieur* Nez ha hecho cavilar a éste en el sentido de que alguien puede estar tratando de impedir que personas ajenas al Centro revisen las medidas de seguridad de éste, en modo alguno. Esto podría significar que alguien, desde el exterior, podría arreglárselas para invadir El Centro…

—Eso era precisamente lo que *Monsieur* Nez quería comprobar, ¿no es así?

—Sí. Pero ha cambiado de opinión.

—¿Ya no quiere comprobar las medidas de seguridad del Centro?

—Lo que ya no quiere *Monsieur* Nez es efectuar comprobaciones digamos… más o menos convencionales. Poco después del accidente, le dio por pensar, y finalmente llegó a una conclusión: considerando que El Centro ha sido… diseñado en todos sus sistemas de vigilancia para resistir todo intento de invasión o

filtración, cabe en lo posible que la prueba o pruebas que él hubiese dirigido en ese sentido hubiesen fracasado, con lo que quizá habría conseguido una… falsa seguridad respecto a la inexpugnabilidad del Centro. Según *Monsieur* Nez, alguien ha querido quitarlo de en medio porque podía entorpecer sus planes de infiltración en El Centro. Pero si El Centro es inexpugnable… ¿Qué planes pueden ser ésos?

—Quizá un ataque directo…

—No. No, no, sería absurdo. El Centro está diseñado para su autodestrucción en quince segundos, a la menor posibilidad de que su material e informaciones puedan caer en manos… inadecuadas. Un ataque directo no daría fruto a nadie, por lo tanto. *Monsieur* Nez, en realidad, teme algún sistema de infiltración mucho más sofisticado, y no sólo inteligente, sino realmente nuevo, diferente a todas las concepciones de intrusismo, conocidas hasta la fecha… Su temor, en definitiva, es que alguien, sea como sea; esté elaborando y consiguiendo un medio para entrar en El Centro, obtener lo que quiere, y salir de él, sin provocar alarma alguna. Y entonces, *Monsieur* Nez, en su lecho de dolor —sonrió, de pronto, Thevenet—, pensó que si había algún medio humano para introducirse clandestinamente en El Centro, conseguir lo que se quería, y volver a salir impunemente, sin haber provocado alarma ni sobresalto alguno, ese medio debía estar al alcance de usted. Si usted no consigue entrar en El Centro, es que nadie en el mundo podrá conseguirlo, según palabras de *Monsieur* Nez.

—*Monsieur* Nez tiene una fe excesiva en mí —murmuró Brigitte.

—No sé si es excesiva, pero lo cierto es que él nos ordenó que le enviásemos el telegrama a Nueva York. Con ello, parece haber solucionado todos los problemas del mundo. Insiste una y otra vez en que si usted no consigue entrar en El Centro, no tenemos por qué preocuparnos: significará que nadie podría entrar jamás clandestinamente.

—Con lo cual, yo habría sido la piedra de toque de esas medidas de seguridad del Centro.

—Exactamente. Habría sido usted la prueba final, la seguridad definitiva. Siempre, según *Monsieur* Nez.

—Pero usted no está de acuerdo —sonrió Brigitte.

—Bueno —sonrió de nuevo también Thevenet—. No pretendo

molestarla a usted, señorita Montfort, pero comprenderá que un Centro que ha sido diseñado en todos sus puntos calculando la posibilidad de convertirse, tarde o temprano, en el centro de atención de todo el espionaje europeo, habrá tomado las debidas normas de precaución.

—Es evidente —asintió la divina—. Por lo que usted dice, debo entender que, al menos teóricamente, El Centro es una instalación nueva en todos los sentidos, y que los servicios de espionaje del resto del mundo ignoran su existencia y funcionamiento.

—Así es. Y cuando *Monsieur* Nez se disponía a verificar las medidas de seguridad, tiene el accidente… ¿Casualidad? ¿Una vieja venganza? Quizá… Pero *Monsieur* Nez opina que todas las precauciones son pocas, y que esas medidas de seguridad deben ser puestas a prueba, más que nunca, por si el secreto de la creación del Centro ha trascendido, y alguien pretende conseguir algo de su interior.

—¿Usted no quiere decirme nada de lo que hay en su interior, de las actividades que se desarrollan en El Centro?

—Ya le digo que preferiría que lo hiciese Nez.

—Está bien. ¿Y cómo esperan ustedes que yo compruebe, verifique, si las medidas de seguridad del Centro son las adecuadas?

Jules Thevenet sonrió amablemente.

—Según yo entiendo, *Monsieur* Nez pretende que usted entre en El Centro, consiga algo y salga. Él le dará más detalles.

Capítulo II

El médico encargado de atender día y noche a *Monsieur* Nez puso mala cara cuando Jules Thevenet, sin presentar a la señorita que le acompañaba, expuso su pretensión de sostener una conversación con el herido.

—No está en condiciones de conversar —dijo con tono seco.

—Quien mejor sabe eso es él mismo —dijo amablemente Thevenet—. Pero, de todos modos, querrá hablar con la señorita, pase lo que pase. Quiero que entienda, doctor, que esta conversación es de vital importancia para Francia.

—¿Para Francia? —Alzó las cejas el médico—. Bueno, yo tengo otro punto de vista: lo que actualmente es de vital importancia para mí es un enfermo que se me ha confiado. Como médico, mi obligación…

—Nadie pretende impedirle cumplir sus obligaciones. Sólo se trata de ver unos minutos a nuestro jefe, y conversar con él.

—Por otra parte —añadió Brigitte—, si observamos que la conversación comienza a fatigarle, la interrumpiremos inmediatamente.

El doctor Mauriac todavía hizo un gesto de vacilación, pero acabó por encoger los hombros.

—De acuerdo. Pero sólo unos minutos, y con esa promesa.

—Por supuesto.

Estaban en la sala de la casa de la rue Benoit Malon, a la que habían llegado poco antes del mediodía. Era una casa de dos pisos muy antigua, pero bien conservada, con agradables detalles de comodidades. Tenía garaje con cabida para cuatro coches por lo menos, y, al fondo, una gran puerta doble, de vieja madera, que Thevenet le había dicho encerraba una gran bodega sótano. En el piso planta estaba la gran sala, otra más pequeña, un despacho, una cocina enorme, y dos cuartos de baño.

Cuando llegaron al piso alto, un hombre estaba ya observándoles, desde lo alto de la escalera. No fue presentado, ni hacía falta, porque Brigitte comprendió que era el encargado de custodiar a *Monsieur* Nez en el piso de arriba, del mismo modo que los otros dos, que parecían pasarse el tiempo jugando al ajedrez, vigilaban la planta baja, y por tanto, los accesos normales a la casa.

Dentro del dormitorio donde había sido instalado el herido, había, además de éste, una enfermera, que tenía un libro en las manos, pero que, naturalmente, les había oído llegar, y estaba mirando hacia la puerta cuando entraron. Al ver al médico, se pudo en pie, dejando el libro en un brazo del sillón. El doctor se acercó a ella, y estuvieron cuchicheando unos segundos, mientras Brigitte, tras dirigirles una mirada, se acercó al lecho y se quedó contemplando al accidentado personaje.

Parecía poco menos que una momia.

Tenía la pierna izquierda escayolada, y sostenida en alto por el conveniente juego de poleas. La cabeza, la parte superior del torso y el brazo derecho estaban profusamente vendados. Entre los vendajes, destacaban los oscuros ojos de *Monsieur* Nez, fijos en Brigitte que, de pronto, sonrió.

—Santo cielo, *Monsieur* —exclamó—. ¡Es evidente que alguien le quiere muy mal!

—Son gajes del oficio —dijo con voz ronca el herido, casi sin mover la abertura dejada para la boca entre los vendajes—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Excelente, gracias. —Brigitte se sentó en el borde de la cama, y se quedó mirando los oscuros ojos que parecían querer fotografiarla—. ¿Realmente cree que podrá conversar, *Monsieur*??

—Lo intentaré —replicó, siempre en susurros, el herido—. Por fortuna, usted necesitará pocas palabras para comprenderlo todo.

—Sea todo lo breve que quiera, *Monsieur* —asintió Brigitte—. En realidad, creo que debería ser *Monsieur* Thevenet quien hablase, y así usted podría descansar. ¿O quizá hay algo que va a decirme usted, que *Monsieur* Thevenet no sabe o no debe saber?

—Claro que no. Jules es mi mano derecha, y mi cerebro, en esta ocasión.

—En ese caso, debe estar al corriente de todo, así que no entiendo por qué ha insistido usted en ser quien explique algunos

detalles.

—Ha sido una última… medida de seguridad, por si quien llegaba no era usted.

—Ya. Bien, parece que vamos a dedicarnos a muchos controles de seguridad en esta ocasión, *Monsieur*. Yo también quisiera tomar mis propias medidas de seguridad, antes de aceptar colaborar, una vez más, con usted.

—¿Qué quiere decir?

—Según he comprendido, por la conversación con el señor Thevenet, el personal del Centro no sabe que sus medidas de seguridad van a ser puestas a prueba por personal amigo, como habrían sido usted y sus hombres, o como seré yo si acepto el trabajo. Eso quiere decir que, en determinado momento, podrían disparar contra mí, con intenciones de matarme. ¿Es así?

—Sí… Sí.

—Bueno, supongo que, si llegaran a capturarme, usted, y por tanto el SDECE, pondrían las cosas en claro para mi inmediata libertad. Pero si disparan a matar, nadie podría ayudarme. Por lo tanto, éste va a ser un gran riesgo para mí, *Monsieur*, ya que ni siquiera voy a poder defenderme… adecuadamente en caso necesario.

—Supongo que lo que usted está tratando de decirme…

—¿Qué? —Se inclinó más Brigitte—. *Monsieur*, apenas le oigo, y le entiendo muy mal.

El herido se aclaró la voz, pero no consiguió gran cosa. Brigitte, que miraba con expresión un tanto socarrona el gran bulto que hacía la gran nariz de *Monsieur* Nez, cubierta por los vendajes, movió la cabeza con gesto de pesar.

—Se está esforzando en vano, *Monsieur*

—No, no. Le decía que supongo que lo que usted está tratando de decirme es que, llegado el momento, se verá obligada a disparar a matar también, ¿no es así?

—En efecto. Si se produjese tan desdichada circunstancia, me gustaría saber que el servicio secreto francés entenderá que mi postura, mi actitud, no habría podido ser otra. En definitiva, no me parecería inteligente, por mi parte, arriesgar mi vida para hacer un trabajo para ustedes, si no puedo actuar conforme a todas mis posibilidades de defensa y supervivencia. Si acepto el trabajo, en

fin, y dadas las peculiares circunstancias que concurren en él, yo consideraré que El Centro es un objetivo para mí, un lugar del cual debo conseguir algo, y regresar con vida, pese a quien pese. ¿Está claro, *Monsieur*??

—Sí, naturalmente.

—De acuerdo, entonces. ¿Qué hay en El Centro? ¿Y qué es lo que yo debo conseguir?

La cabeza del herido se movió levemente hacia la derecha, como vencida por el peso de la enorme nariz. Los ojos se desviaron hacia Thevenet, que asintió de pronto, se acercó al doctor Mauriac, y le musitó algo al oído. El médico asintió a su vez, tomó de un brazo a la enfermera, y ambos salieron del cuarto. Tras ellos, salió el agente del SDECE de vigilancia, dejando solos a Brigitte, Nez y Thevenet.

—En El Centro —casi jadeó el herido— hay, ante todo, un personal bien entrenado en todos los aspectos, y unas medidas de altísima seguridad contra cualquier clase de intrusión, incluso electrónica. Es decir, que hay detectores electrónicos, que avisarían de la presencia de cualquier artefacto de espionaje, ajeno al Centro. El personal, además, es renovado frecuentemente. Pocas personas están fijas en la villa de Chateaurenard… Una de ellas, es el conde de Treville.

—¿El conde de qué? —Se inclinó más Brigitte otra vez.

—De Treville… ¿No me oye bien?

—Francamente, no, *Monsieur*. Y me parece absurdo el esfuerzo que está usted realizando.

El herido hizo un gesto de asentimiento, cerró los ojos, y suspiró. Cuando abrió los ojos, miró a Thevenet, que estaba de pie junto a la cama, observándoles.

—Jules, siga usted, por favor —musitó.

—¿Puedo contestar a *todo* lo que me pregunte la señorita Montfort? —se aseguró el apuesto Jules Thevenet.

—Sí, desde luego: absolutamente a todo. Siento no poder explicárselo yo —los ojos se desviaron hacia Brigitte—… Está claro que he medido mal mis fuerzas, señorita Montfort.

Brigitte parpadeó lentamente. Su gesto era amable.

—No se preocupe. Todo terminará bien. Mientras tanto, me parece que es mejor que el señor Thevenet y yo salgamos de aquí, y sea la enfermera quien esté cerca de usted.

—Gracias… Gracias. Dentro de unos días, cuando usted haya conseguido su objetivo, espero poder tener el placer de una larga conversación con usted. Lo siento de veras.

Brigitte volvió a sonreír, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta, seguida de Thevenet. Un minuto más tarde, todo en la casa estaba como antes de la llegada de Brigitte, la cual, sentada en uno de los amplísimos sillones de la sala, encendió un cigarrillo, observada por Thevenet y por Dupré. De pronto, ambos cambiaron una mirada, y Dupré se acercó a los dos agentes que jugaban al ajedrez, les dijo algo, y los tres salieron de allí.

—Medidas de seguridad —sonrió Brigitte—. Al parecer, lo que hay en ese Centro es verdaderamente importante, señor Thevenet.

—Por favor, llámame Jules. ¿Tomaría un aperitivo?

—Oh, sí, encantada.

Thevenet apretó un timbre, y a los pocos segundos entró en la sala una camarera enorme, altísima, gordísima. Por un momento, le recordó a Brigitte, la sirvienta que Número Uno tenía en villa Tartaruga, la simpática *Mamma* María. Pero no. Esta camarera era más alta, aún más gorda que *Mamma* María, y, evidentemente, mucho más fuerte. Thevenet le pidió dos campari, con hielo y soda, y fue a sentarse en el sofá, de modo que quedó frente a Brigitte.

—Es la cocinera, que sirve también de camarera —explicó cuando la enorme mujer hubo salido—. Naturalmente, una eficaz pieza del SDECE.

—Naturalmente. ¿Y bien, Jules?

—En realidad, ni siquiera nosotros sabemos lo que hay exactamente dentro del Centro. Se supone que un enemigo que quisiera conseguir algo de él, debería partir de cero, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Este es nuestro caso. En el mismo momento en que, en París, se nos asignó la misión de comprobar las medidas de seguridad del Centro, pasamos a ser considerados como enemigos. Entonces…, ¿por qué tenían que facilitarnos ninguna clase de información? Cualquier persona que pretenda conseguir algo del Centro, debe hacerlo por sus propios medios, partiendo de cero, como ya hemos dicho. Por lo tanto, no se nos informó de nada. Ahora bien, estando dentro del SDECE es imposible no haber oído algo, saber algo, tener aunque sólo sea una pequeña idea del asunto. Claro está, siempre y

cuando se haya alcanzado determinado nivel en puestos directivos, como es el caso de… Bueno, del hombre que usted llama Señor Nariz, nuestro buen *Monsieur* Nez.

—Comprendo. Hasta aquí, todo me parece lógico. ¿Qué es lo poco que ustedes saben sobre El Centro?

—Sabemos, por ejemplo, que hay un plan llamado ZCZ 7.000. Al parecer, es el gran tesoro del Centro, lo más estimado, protegido, vigilado y secretísimo de la villa de Chateaurenard. Claro, habrá allá muchas más cosas dignas de interés, y, como es lógico, para nosotros sería un triunfo enorme conseguir información general de todo lo que contenga El Centro, en sus archivos. Pero tampoco queremos complicar tanto las cosas. Por una parte, en el fondo, lo que todos deseamos es que El Centro sea realmente inexpugnable…, incluso para usted. Por otra parte, consideramos que si usted es capaz de conseguir el plan ZCZ 7.000, significará que las medidas de seguridad del Centro no son válidas, en cuyo caso habrá que modificarlas de acuerdo a las necesidades que usted habrá puesto de manifiesto.

—¿No le parece que el SDECE está complicándose la vida, Jules?

—Es posible. Naturalmente, usted sabe lo que es el olfato, ¿no es cierto? Me refiero a ese olfato especial que tenemos los espías.

—Sí —sonrió Brigitte—… Sé a lo que se refiere. Y sin falsa modestia, debo decirle que mi olfato es finísimo para todo lo relacionado con el espionaje mundial.

—Magnífico. Entonces, me entenderá si le digo que tanto *Monsieur* Nez como yo hemos olfateado que en El Centro hay incluso más de lo que se nos ha dado a entender en París. Con otras palabras: *Monsieur* Nez y yo pensamos que El Centro es mucho más importante, más vital de lo que se nos ha dicho a nosotros. Tenemos la sensación de que hay en la villa de Chateaurenard algo especial realmente, algo de una envergadura que solamente unas pocas personas, en París, conocen. Sea lo que sea, es evidente que lo que hay en El Centro está quitando el sueño a esos importantes personajes de París, hasta el punto de que han organizado todo este tinglado de las comprobaciones sobre las medidas de seguridad.

—Zambomba, como diría un amigo mío —sonrió Brigitte—, ¡la verdad es que hasta empiezo a sentirme interesada personalmente en todo esto, Jules!

—Bueno —sonrió también Thevenet—; consiga usted el plan ZCZ 7.000, y su interés será recompensado. Nosotros pensamos que todo está contenido en ese plan.

—Pues iremos por el ZCZ 7.000.

—¿Le parece posible? Ni siquiera puedo decirle cuáles son exactamente las medidas de seguridad que han adoptado en El Centro, de modo que puede usted caer en cualquier trampa: eléctrica, explosiva, visual… ¡Cualquiera sabe!

—En definitiva, Jules, ustedes me dicen: «Cariño, ahí tienes esa villa que llamamos El Centro, que está custodiada al límite, y cuyo intento de allanamiento puede significarte la muerte; pues bien, ve allá y tráenos el plan ZCZ 7.000». ¿No es eso, Jules?

—Pues sí —rió Thevenet—… Más o menos, eso es exactamente, ésa es la situación en la que la estamos colocando. Claro está, usted tiene todo el derecho del mundo a negarse a colaborar. El hecho de que *Monsieur* Nez sea un viejo amigo de Baby no significa que usted deba jugarse la vida, con bastante riesgo de perderla.

Brigitte se quedó mirando con simpático gesto de irritación a Thevenet.

—¿Me está provocando, Jules? ¿Me está desafiando?

—Para ser sincero, si —rió de nuevo el espía francés—. Mi opinión es que usted jamás podrá llegar hasta el plan ZCZ 7.000.

La enorme camarera regresó con los aperitivos cuando Brigitte se disponía a replicar. La divina espía permaneció en silencio mientras la mujerona estuvo en la sala, sirviendo a los dos. Contempló sus enormes manos velludas, fortísimas, de uñas cuadradas y sólidas como cuchillas de acero, barnizadas sencillamente con esmalte. Por un simple gesto que hizo la gigantesca mujer, con la mano izquierda, Brigitte supo en el acto que era una practicante de karate. Miró entonces con más detenimiento las manos, reparando en su pasmosa solidez. Manos capaces de partir de un solo golpe varios ladrillos a la vez, desde luego.

—Se llama… —empezó Thevenet, señalando a la mujerona cuando salía.

—¡No me lo diga! —Cortó Brigitte—. Los nombres de las personas no me interesan, Jules. Sé el de usted, el de Dupré, el del doctor…, y ya es demasiado saber.

—Comprendo. Bueno, a nuestra «simpática» camarera, que naturalmente, pertenece al SDECE, podemos llamarla Fleur, si le parece a usted bien.

—Flor… —Casi rió Brigitte—. No me parece el nombre más apropiado para ella, francamente. Pero, ¿qué importa? La llamaremos Fleur, y asunto terminado. Respecto a si soy o no soy capaz de conseguir el plan ZCZ 7.000… ¿qué se apuesta?

—¿Quiere decir que espera conseguirlo?

—Sí.

—¿Y que está dispuesta a apostar algo en ese sentido?

—Efectivamente.

—Bueno, no soy un hombre rico, pero…

—Nada de dinero, Jules. Usted no es rico, pero yo sí. Puedo regalarle dinero, si realmente lo necesita. ¿Quiere que le regale un millón de francos, por ejemplo?

—No me vendría mal —estalló en risas el guapo y simpático Jules Thevenet—, pero si yo quisiera algo de usted, no sería precisamente dinero, Brigitte.

—¿Qué sería?

—Su amor.

—Lo siento, pero eso no puedo apostarlo, Jules. No me pertenece. En el supuesto de que usted ganase la apuesta, yo no podría pagarle, ya que mi amor lo tiene ya un hombre.

—Comprendo. Seguramente usted podría cederme su cuerpo, pero no su amor, porque ama a ese hombre tanto, que a mí no me quedarían ni las migajas.

—Exactamente. Sólo tendría usted mi cuerpo.

—¿Y si me conformase con eso? —musitó Thevenet.

—¿Aceptaría mi cuerpo como apuesta?

—Sí. Apueste su cuerpo por toda una noche, y yo arriesgaré lo que usted quiera.

—¿Su vida, por ejemplo?

Jules Thevenet palideció ligeramente.

—¿Mi vida? —susurró.

—Tenga en cuenta que quizá sería menos terrible para usted morir que para mí poner mi cuerpo a su disposición, durante toda una noche.

Durante unos segundos, los dos espías se estuvieron mirando

fijamente. Por fin, Thevenet susurró:

—¿Qué ganaría usted matándome, si ganaba la apuesta?

—¿Quién habla de matarle? —Se sorprendió Brigitte—. Yo sólo sería la propietaria de su vida, lo cual no significa que quisiera interrumpirla. ¡Qué tontería…! ¿Por qué matar a un hombre como usted, que sería siempre un bello y utilísimo esclavo?

—Es decir, que durante el resto de mi vida, yo estaría a la disposición de usted, fuese para lo que fuese y en todo momento.

—Es obvio, puesto que su vida sería mía, Jules.

De nuevo quedaron mirándose fijamente. Por fin, Jules Thevenet, pese a que le parecía estar bajo la mirada de una pérfida y bella gata socarrona, sonrió.

—Acepto la apuesta.

—Brindemos por ello —alzó Brigitte su copa de aperitivo—. Y espero que, si gana, sea usted considerado, Jules.

—¿Eso quiere decir que admite que puede fracasar?

—No —negó la agente Baby—. Pero tampoco soy una de esas necias personas que sólo tienen una opinión y una postura en la vida. Yo siempre me adapto a todo, me amoldo, sigo el juego que me dan, y sobre todo, lo cambio si veo que es conveniente o necesario.

—Eso es, pura y simplemente, inteligencia.

—En efecto —asintió plácidamente Brigitte.

Jules Thevenet pareció divertido, por un instante. Acabó por reir, quedamente, con cierto tono de afecto y simpatía.

—Bueno, la verdad es que hay diversos motivos para que yo desee ser el vencedor; significaría que El Centro está debidamente custodiado, y que podría gozar de su belleza durante toda una noche. Espero que me perdone si le deseo un feliz fracaso.

También Brigitte Montfort sonrió afectuosamente.

—De un modo u otro, Jules —musitó—, Baby nunca fracasa. A decir verdad, ustedes han cometido una imprudencia al recurrir a mí para comprobar esas medidas de seguridad. La maquinaria está ya en marcha, y nada podrá detenerla… Salud, amigo Jules.

—Salud —rió el francés—… ¿Cuándo empezará a trabajar?

—Mi respuesta le va a sorprender: *ya he empezado*.

Capítulo III

Sin embargo, hasta tres días más tarde no comenzaron a verse resultados del trabajo comenzado por la espía internacional. Y los resultados, ciertamente, no implicaban en modo alguno que Baby estuviese a punto de conseguir nada positivo, con respecto al Centro y el importantísimo plan ZCZ 7.000. Los resultados fueron, sencillamente, que Brigitte se instaló en una encantadora casita del boulevard de Mondar, en Aviñón, con el nombre de Monique Lafrance, ya utilizado en anteriores ocasiones, y con un pasaporte que, precisamente, le proporcionara *Monsieur* Nez, años atrás.

Durante esos tres días, la señorita Lafrance se dedicó a pasear en un coche que alquiló apenas llegar a Aviñón, y a escribir a máquina en la sala de la casita del boulevard de Mondar. Simplemente, Monique Lafrance empezó una novela, que se iniciaba con una escena de amor fuerte y violenta, al terminar la cual, un hombre y una mujer quedaban marcados para siempre, el uno con respecto al otro. Ese era el punto de arranque, que daría luego lugar a una intensa vida en común que terminaría trágicamente… Bien, eso se decía, cuando menos, en las cuartillas llenas de notas que la «novelista» tenía en una mesita auxiliar.

La verdad era que, después de comenzada la novela, Monique se dedicó a pasear…, especialmente por las cercanías de Chateaurenard, observando, unas veces de cerca y otras de lejos utilizando prismáticos, la hermosa villa que le había sido señalada como El Centro. Por fortuna, no tenía el aspecto inaccesible que tenía el bello castillo de Aviñón. El Centro, simplemente, era una villa grande, florida, de instalaciones y jardines bien cuidados, dos pistas de tenis, un garaje anexo a unas enormes cuadras…, y eso parecía todo.

—Sin embargo —le había dicho Thevenet, sentado junto a ella en el coche con que la había llevado a Chateaurenard, tres días

antes—, insisto en que, pese al aspecto bucólico del Centro, a un intruso puede ocurrirle cualquier cosa, Brigitte.

—Lo tendré en cuenta. Busquemos mi domicilio en Aviñón y procedamos a todas las instalaciones.

Las «instalaciones» consistieron en montar, en la casita que Brigitte alquiló en Aviñón, todo un sistema de escucha y visión de la que sucediera en el interior de dicha casita. Fueron colocados micrófonos en todas partes, grabadoras directas, tres cámaras de televisión, que funcionarían a voluntad de Monique Lafrance, armas escondidas para un caso de emergencia… De este modo, lo que habría sido una coquetona vivienda, en la que una novelista en ciernes se dedicaba a escribir sus fantasías sobre el amor, se convirtió en una voraz trampa, que podía devorar cualquier pieza; teóricamente, al menos.

Jules Thevenet se negó rotundamente a que Baby recurriese a sus contactos poderosísimos con la CIA en Francia, ya que no confiaba en la discreción y el tacto general de los americanos, y su intervención podría dar lugar a situaciones que fuesen captadas por El Centro, en cuyo caso, todo sería autodestruido allá dentro, y El Centro, abandonado. Así pues, todo el material que precisó Monique Lafrance le fue servido por Thevenet, quien, finalmente, junto con el no menos simpático y amable Fierre Dupré, quedó encargado de los servicios de escucha, grabación y vigilancia a distancia.

Todo esto duró tres días.

Y cuando se cumplían setenta y dos horas que Brigitte Montfort había abandonado Marsella en coche, acompañada por Dupré y Thevenet, la espía más audaz, astuta y peligrosa del mundo, estaba en su coche alquilado, cerca del Centro, con unos prismáticos en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda…

Hacia las siete de la tarde, sucedió, por fin: un coche salió del Centro. Primero, fue observado a simple vista. Luego, con los prismáticos. Naturalmente, otros coches habían salido y entrado del Centro en los días anteriores, pero aquél, justamente aquél, era el que le interesaba a Monique Lafrance: estaba ocupado por un hombre y una mujer, no por hombres solos. Cuando aquel coche se alejó del Centro, Monique Lafrance partió detrás.

Como era de esperar, el coche perseguido se dirigía hacia

Aviñón. Todo estaba previsto, organizado, incluso las horas de asueto de los empleados del Centro, y que fuesen a Aviñón, cosa lógica estando a tan poca distancia de Chateaurenard, y considerando que aquí las diversiones no abundaban.

Monique Lafrance adelantó muy pronto al otro coche en su ruta hacia Aviñón. Al pasar, dirigió una mirada a los dos ocupantes; en efecto, un hombre y una mujer, ambos jóvenes, atractivos… La mujer iba riendo, y el hombre sonreía. Bien, todo el mundo tiene derecho al descanso y a la diversión. Sólo que mientras unos se disponen a hacer esto, otros están trabajando, como era el caso de Monique… Adelantó rápidamente al otro coche, y lo dejó atrás, marchando a toda velocidad por la tranquila carretera. Llegó en seguida al cruce con la carretera de Arles, fue directa al lugar que ya tenía previsto, y sacó el coche de la carretera, metiéndolo entre unos pinos. Agarró el maletín rojo con florecillas azules, se apeó, y corrió hacia la carretera, eludiendo graciosamente árboles y arbustos. En pocos segundos, estuvo junto a la cinta de asfalto.

Esbelta, espléndida, magnífica, bellísima, juvenil, elegante. Tan hermosa, tan inesperada allí, a la puesta del sol, que cualquier conductor podría preguntarse si estaría viendo visiones…

El coche procedente del Centro apareció. Monique Lafrance se colocó en el centro de la carretera, sosteniendo el maletín en la mano izquierda, haciendo gestos con la derecha. Segundos después, a poca distancia del cruce, el coche se detenía junto a ella. La cabeza del conductor asomó por la ventanilla.

—Hola… —sonrió jovialmente el hombre—. ¿Tiene algún problema?

Monique Lafrance también sonrió. Llevaba una falda blanca y un jersey rojo, escotado y sin mangas, que ponía en perfecto relieve sus magníficos senos. Justamente entre éstos metió dos deditos la espía, retirando de allí la pequeña pistolita de cachas de madreperla, que quedó en el acto apuntada a la frente del hombre, a menos de diez centímetros.

—Es usted quien va a tener problemas… —dijo la sonriente Monique—. Aunque si se porta estúpidamente, yo terminaré con todos sus problemas para siempre. ¿Me comprende?

El hombre, que había respingado brevemente, la miraba ahora con gran fijeza. Asintió, en silencio. Monique se inclinó un poco

más, y desvió un instante la mirada hacia la muchacha, que estaba ahora rígida, crispada, en el asiento contiguo.

—Usted, salga del coche y pase al asiento de atrás. Si no lo hace así, meteré una bala en la cabeza de su compañero del Centro.

Los dos palidecieron. La muchacha se pasó la lengua por los labios, y titubeó. Un leve fruncimiento del ceño por parte de Monique la hizo reaccionar rápidamente. Salió del coche, abrió la portezuela derecha de atrás, y entró en el asiento posterior. Cerró la portezuela y se quedó mirando a la hermosísima asaltante. La cual, en aquel momento, dejaba de apuntar a la frente del hombre… La pistola fue descendiendo, lentamente, hacia el cuello, deslizándose por la garganta hacia un punto por debajo de la oreja izquierda. De pronto, con la punta de la pistola, Monique efectuó una presión breve y firme. El hombre puso los ojos en blanco, y pareció derrumbarse para siempre en la ventanilla. Atrás, la muchacha lanzó una ahogada exclamación de temor.

—Cálmese, sólo está desvanecido… —aseguró Monique—. Agárrelo por los sobacos y tire de él; quiero que lo coloque junto a usted. ¡Vamos, hágalo!

La mujer respingó, y se apresuró a obedecer. No le fue en modo alguno fácil pasar a su compañero al asiento de atrás, pero finalmente, lo consiguió. Jadeando, se quedó mirando a Monique, muy abiertos los ojos. La espía le hizo señas para que se acercase más a ella, y sonrió al captar el sobresalto y el retroceso instintivo de la muchacha.

—No sea tonta… —recomendó amablemente—. Puedo dejarla sin sentido con una simple presión, o puedo matarla. ¿Qué prefiere?

Con los ojos desorbitados, la mujer se adelantó en el asiento. Parecía al borde de desmayo por miedo, completamente aterrorizada… Pero, de pronto, alzó sus dos manos, cruzándolas en el aire, como efectuando un fortísimo tijeretazo que debía haber apresado la muñeca de Monique, posiblemente rompiéndola, y, con toda seguridad, haciendo saltar la pistola de su mano.

No pasó ni una cosa ni otra. Simplemente, Monique retiró la mano hacia ella, con una naturalidad y una facilidad que dejó estupefacta a la muchacha, en postura desequilibrada, comprometida, y hasta ridícula. Así estaba, cayendo hacia adelante, debido a su propio impulso, cuando la pistolita de cachas de

madreperla golpeó en un lado de su cuello, desviando su caída hacia el respaldo del asiento. La despampanante Monique estuvo un par de segundos contemplando con gesto irritado a la muchacha, pero acabó por encoger los hombros.

—Supongo que tenías derecho a intentarlo —murmuró.

Del maletín, sacó una de sus cápsulas de gas narcótico, que proporcionaban sueño para un par de horas. Se alejó unos pasos, lanzó la ampolla dentro del coche, y se alejó rápidamente unos cuantos pasos más. Cuando regresó al coche, el hombre y la mujer estaban profundamente dormidos. En el maletero, encontró una manta, con la que cubrió ambos cuerpos, tras colocar el del hombre entre los dos asientos, delantero y posterior, y la muchacha tendida sobre éste.

Luego, se colocó al volante y continuó la marcha hacia Aviñón. Se detuvo en el cruce con la carretera Arles-Aviñón, ante el *stop*, muy escrupulosa y obediente al código de circulación, mirando a todos lados.

Cuando reanudó la marcha, se dijo que, al parecer, nadie había visto lo sucedido.

Descolgó el auricular del teléfono.

—¿Sí?

—¿Estás loca? —Le llegó la excitada voz de Jules Thevenet—. ¿Qué pretende con esa tontería?

Monique Lafrance sonrió amablemente. Hacía apenas un minuto que había llegado a la casita de Aviñón, donde se había instalado como escritora, tres días antes; había metido el coche en el garaje, y por la puerta que comunicaba éste directamente con el interior de la casa, había accedido a ésta, para dejar sobre una mesita de la sala su maletín…

—¿A qué tontería se refiere, Jules?

—¡La hemos visto!

—¿De veras? Creí que no me había visto nadie… ¿Dónde estaban ustedes?

—En un coche. Con unos prismáticos la… ¡Maldita sea, no importa eso ahora! ¿Se da cuenta de la tontería que acaba de cometer?

—Francamente, no, Jules —replicó un tanto secamente

Monique.

—¿No? Por el amor de Dios… ¿Que cree que harán en El Centro, cuando echen en falta a esas dos personas?

—¿Qué harán? Yo no lo sé, así que dígamelo.

—¡Es increíble que una persona como usted haya cometido semejante torpeza! ¿No comprende que por este procedimiento…?

—Jules; ¿quiere hacerme un favor?

—Sí… Por supuesto, claro que sí. ¿Cuál favor?

—Ocúpese de sus asuntos.

Monique Lafrance colgó el auricular, sin más. Luego, fue al garaje, sacó del coche al hombre, se lo cargó en un hombro como si tal cosa, y lo llevó a la sala, depositándolo en el sofá. Segundos después, hacía lo mismo con la muchacha. Volvió al coche, dobló la manta y la guardó en el maletero, y recogió el bolso de la mujer, que había quedado en el asiento delantero. De nuevo en la sala, se sentó, encendió un cigarrillo, y abrió el bolso de la mujer. No llevaba nada especialmente interesante, salvo una tarjeta de identidad, a nombre de Jeanne Calvet; la muchacha tenía veinticuatro años. Le quitó la billetera al hombre, que llevaba una tarjeta identificatoria idéntica a la de la muchacha. El hombre se llamaba Michel Arly, tenía treinta y un años. Eso era todo. No llevaban armas, ni más documentos, o fotografías…

El teléfono volvió a sonar.

—¿Sí?

—¿Qué está usted haciendo? —Exclamó Thevenet—. ¡No oímos nada, y no ha puesto en marcha las cámaras de televisión!

—Oh, perdón… ¡Lo había olvidado, Jules! Ahora mismo pongo en marcha las cámaras de circuito cerrado. Un momento, por favor.

—Está bien.

Monique colgó, sonrió, y fue al cuarto de baño, en cuyo espejo se contempló unos segundos. Efectivamente, la almohadilla de espuma de nylon que hinchaba ligeramente su mejilla derecha se había desplazado un poco. La colocó bien, y se quedó mirando sus ojos ahora de color oscuro, sus cejas más espesas, sus mejillas y nariz más abultadas… No era fácil identificarla como a Brigitte Montfort, desde luego.

—Oh, las cámaras… —exclamó, de pronto.

Las tres pantallas se iluminaron, por fin. Una de ellas mostraba el

gran dormitorio de la casita del boulevard de Mondar; la segunda, toda la sala, desde el fondo, de modo que abarcaba también parte del pasillo que se dirigía hacia el vestíbulo; la tercera, el vestíbulo, el pasillo, y al fondo la entrada de la sala, con parte de ésta dentro del radio de acción de la cámara.

Monique Lafrance estaba en la sala en aquel momento, pero desapareció en seguida. Y no apareció en ninguna de las otras dos cámaras…

Pierre Dupré, el hombre que recibiera a Baby en el aeropuerto de Marsella, dejó de mirar a una y otra cámara, y se volvió a mirar a Thevenet.

—Debe estar en la cocina, o en el baño.

—O en el garaje, o en el otro dormitorio —gruñó Thevenet.

—Debimos poner más cámaras.

—No hay que exagerar. Las cosas importantes que tengan que pasar en esa casa, pasarán en una de las tres piezas que tenemos en visión. Ella se las arreglará para qué así sea…, si es que arregla algo. Se diría que acaba de estropearlo todo.

Dupré volvió a mirar la pantalla de la sala. El hombre y la mujer seguían durmiendo, en el sofá. La instalación para escucha en toda la casa estaba funcionando, pero no se oía nada. Absolutamente nada.

—Esa mujer se mueve como una gata —susurró Dupré—… ¿Te das cuenta del silencio que hay en la casa? Todo está instalado para que oigamos incluso simples pasos…, y a ella no la oímos.

Thevenet no contestó. Iba mirando de una a otra cámara… Baby no aparecía en pantalla.

—Me está poniendo nervioso… —dijo Dupré, tras un par de minutos más de silencio total—. Como eso de que no haya aceptado una radio para poder estar en contacto con nosotros. Me parece una estupidez tener que llamarla por teléfono, si queremos decirle algo… ¿Por qué no ha querido una radio de bolsillo, vamos a ver?

—No lo sé —musitó Jules Thevenet.

—¿Crees que sospecha algo?

—No lo sé… ¡Ahí llega!

Dupré miró la pantalla en la que aparecía la sala. Monique Lafrance entraba en ésta, sosteniendo una bandeja en la que se veía una botella de vino, un vaso, y algunos bocadillos. Esto, en la mano

izquierda. Con la derecha, sostenía un bocadillo, que mordía en aquel momento.

Dupré se volvió de nuevo hacia Thevenet, atónito.

—Ha ido a prepararse la cena —exclamó.

—¿Qué es lo que te sorprende? —Sonrió de lado Thevenet—. Incluso la agente Baby tiene que claudicar ante determinadas necesidades vitales, ¿no es así?

—¡Qué hermosa es…! —Parecía que Dupré no pudiese salir de su asombro, de su admiración por la espía norteamericana—. De verdad que nunca en mi vida había visto una mujer así. Fíjate qué tono de piel, qué ojos tan grandes e inteligentes, tan puros… ¡Y qué cuerpo tiene! Mira qué pechos más erguidos y elásticos, y qué forma de caderas… Es una mujer tan espléndida que cualquier hombre se volvería loco por ella.

Jules Thevenet no contestó tampoco esta vez. Sus ojos continuaban fijos en Monique Lafrance, que en aquel momento se estaba sirviendo vino en el vaso.

—Va a esperar a que recobren el sentido… —musitó—. Quizá no haya cometido ninguna tontería, después de todo. A fin de cuentas, es Baby… Ya veremos qué hace cuando esos dos despierten.

Capítulo IV

Michel Arly fue el primero en despertar. Lo primero que vio fue el rostro de su todavía dormida compañera, la joven y bonita Jeannine. Respingó, se sentó mejor en el sofá, y al mismo tiempo que veía a Monique, se daba cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda, y los pies fuertemente ligados con su propia corbata. También Jeannine tenía las manos atadas, pero no los pies. Indudablemente, él podía llegar a ser más peligroso…

—¿Se encuentra bien? —preguntó Monique.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez Michel Arly.

—Una espía… —Monique sonrió encantadoramente—. Y quiero saber todo lo que haga falta sobre El Centro.

—Está loca —rió, de pronto, Arly.

Monique no contestó. Sólo su sonrisa se enfrió un poco. Continuó fumando, en silencio, mirando a Michel y, alternativamente, a Jeanne Calvet, hasta que, pocos minutos más tarde, ésta también despertó, y, en pocos segundos, se situó en las nuevas y no poco inquietantes circunstancias de su vida.

—Su compañero Michel —habló, de pronto, Monique— parece que está dispuesto a dificultar las cosas, Jeannine. Quiero toda la información posible sobre El Centro. ¿Puedo contar con su… más alto grado de… comunicabilidad?

Jeanne Calvet miró a Michel Arly. Luego, de nuevo a Monique.

—No le diremos nada —susurró.

Monique Lafrance no reaccionó. Terminó de fumar el cigarrillo, lo apagó cuidadosamente en un cenicero, y de sobre la mesita donde había dejado su maletín y el bolso de Jeanne Calvet, tomó una jeringuilla, ya preparada con la aguja inyectable. Los dos prisioneros, al verla, se irguieron vivamente, alarmados.

—Tenía previsto que ustedes se mostrarían tercos. Normalmente, recurriría a procedimientos directos y un tanto rudos para

presionarles, pero ustedes me obligan a utilizar procedimientos más actualizados y, a la larga, más molestos y terribles, ya que no entra en mis proyectos dejarles señales físicas de sufrimiento. Por lo tanto, tengo que recurrir a la droga. ¿No van a cambiar de actitud?

Los dos permanecieron en silencio. Jeannine se pasó la lengua por los labios, eso fue todo.

—Habitualmente, llevo en mi maletín toda una serie de… recursos poco usuales en las personas de vida corriente —informó con tono más bien amable Monique—; bombas asombrosas, pelucas, pasaportes falsos, dinero de varias clases, gases venenosos y tóxicos a baja escala, lentillas de contacto, microcámara, visores, gemelos…, y algunas drogas. Las drogas, precisamente, es lo que menos me gusta utilizar. Por ejemplo, si yo ahora volviese a dormirlos a ustedes, utilizando de nuevo el gas tóxico, podría dejarlos dormidos dos días, dos horas, o, por medio de otra droga, obligarles a despertar en seguida. Casi siempre prefiero, sin embargo, que las personas a las que tengo que someter despierten por sí solas. Ya han visto que incluso en una situación como ésta, he tenido la paciencia de esperar a que despertasen por sí mismos. Y ello, insisto, porque no me gustan las drogas. Unos golpes no dejan trauma alguno, pero con las drogas nunca se sabe… Por última vez: ¿prefieren conversar conmigo a las buenas o bajo la influencia de la droga?

El silencio de ambos fue debidamente interpretado por Monique Lafrance. Tras breve vacilación, se acercó a Arly, con la jeringuilla en ristre. Michel Arly, crispadas las facciones, veía acercarse a aquella mujer desconocida que, en pocos segundos, merced a la droga, podía ser dueña absoluta de su mente, podía obligarle a decir todo lo que quisiera… Y eso no gustó a Michel Arly. De pronto, cuando ella estuvo frente a él, a sólo tres pasos, Arly apoyó firmemente en el suelo sus pies ligados uno a otro, y se impulsó con fuerza, bajando la cabeza, dispuesto a golpear con ella en el estómago de la desconocida que admitía ser una espía…

Michel Arly tuvo una perfecta demostración de *taisabaki*. De elegantísimo *taisabaki*: Monique giró hacia la izquierda apoyada sobre el pie derecho, haciendo el movimiento de una puerta que se abre; de este modo, Arly pasó disparado junto a ella con toda la fuerza de su impulso; inmediatamente, ya terminado éste, cayó de

bruces al suelo.

Y cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Había sido tarde para él desde el primer momento… Monique cayó sobre su espalda, colocando las nalgas sobre las muñecas atadas del francés, y presionando con fuerza hacia abajo. Al mismo tiempo, con la mano izquierda asía los cabellos de Arly, y le obligaba a mantener la cabeza baja. Con la derecha, clavó la jeringuilla en un lado del cuello del hombre, hacia la nuca… Se volvió sobresaltada, al oír el rumor tras ella, a tiempo de ver llegar a Jeanne Calvet, que en aquel momento disparaba su pierna derecha. El pie acertó a Monique dos dedos más abajo del seno derecho, en un golpe tremendo, que resonó con fuerza en la sala. La espía lanzó un alarido de dolor, y cayó de lado junto a Michel Arly.

Lanzando un grito de triunfo, Jeanne reanudó su ataque tan afortunadamente iniciado. Se acercó a Monique, y le lanzó otro nuevo puntapié, en perfecta ejecución karateka… Esta vez, el pie dio en el vacío, mientras Monique giraba, desviaba con un antebrazo la dirección de la pierna de Jeanne, y disparaba el puño derecho en línea diagonalmente ascendente, hacia el bajo vientre de la muchacha, en un escalofriante *oi-zuki jodan*.

Jeanne Calvet quedó blanca como la leche, con la boca abierta, los ojos desorbitados. Parecía petrificada. Estuvo así unos segundos, mientras Monique rodaba hacia la derecha y se ponía en pie. Luego, la muchacha francesa se derrumbó hacia adelante, como un poste, y posiblemente su rostro habría pagado las consecuencias si Monique no hubiera detenido su caída para depositarla cuidadosamente en el suelo.

Quince segundos más tarde, Jeanne Calvet recibía también su correspondiente dosis de droga…

—Es peligrosa, desde luego —dijo Jules Thevenet, con la mirada fija en la pantalla del televisor—, pero sigo pensando que está equivocando el sistema. No conseguiremos nada, de ese modo.

—Espera a ver —dijo Dupré—. Ella no es tonta, eso lo sabemos muy bien. Así que debe tener pensado algo.

Se quedaron mirando, los dos, la pantalla, las nítidas imágenes. Monique Lafrance colocó a Michel Arly en el sofá, acercó un sillón, y se sentó junto a él.

—Michel, soy Jeannine. ¿Estás bien, querido?

—Sí —murmuró Arly, sin abrir los ojos—. Sí, desde luego. Sólo me siento un poco… mareado…

—Oh, eso no es nada. Es que no recuerdo por qué hemos salido del Centro, Michel. ¿Qué tenemos que hacer?

Una alegre sonrisa apareció en el rostro de Arly.

—Amarnos —dijo.

—Oh, sí, pero… ¿qué más? ¡No me dirás que hemos salido del Centro sólo para amarnos, Michel!

—Claro que sí. Bueno, hemos salido para distraernos un poco, cenar por ahí, bailar o ir a un cine… Y amarnos.

Monique Lafrance sonrió, se inclinó hacia Arly, y le besó en los labios.

—Tengo tantos deseos de hacerlo, Michel, de amarnos… ¡Te amo tanto!

—Bueno —casi rió Arly—, tampoco hay que convertir una cosa tan simple en una tragedia emocional… No amaremos, y punto final… Me duele la cabeza, de todos modos…

—Te aliviaré —Monique comenzó a pasar una mano por la frente de Michel—. ¿A qué hora te parece que volvamos al Centro?

Dupré miró sonriendo ampliamente a Thevenet.

—Le está liando —casi rió—. ¡Le está engañando como a un chino!

—Cállate —gruñó Thevenet.

—… antes de las ocho de la mañana —decía Arly—. Podemos volver sin reparo a esa hora, ya que todos saben lo que hay entre nosotros.

—Es cierto, mi amor. ¿Nos dejarán entrar a esa hora? ¿Estás seguro?

—Claro —asintió Arly.

—Pero estaremos vigilados por todos los controles, ¿verdad?

—Indudablemente.

—¿Tú recuerdas exactamente cuáles y cuántos son los controles, Michel?

—Ese no es mi trabajo —farfulló Michel—, así que no me interesa la cuestión seguridad.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Pues estoy en… No hablemos de eso. Ven conmigo a la

cama… Estoy ardiendo.

—Es verdad —ella le volvió a besar—. Quizá tengas un poco de fiebre, Michel. Es mejor que hablemos de tu trabajo. ¿Qué has estado haciendo el día de hoy?

—Nada… Nada.

—Oh, vamos, querido… ¡Claro que has estado haciendo algo! ¿Has trabajado en algo relacionado con el ZCZ 7.000?

Dupré se volvió para mirar, aterrado, a Thevenet.

—¡Le está presionando demasiado, y demasiado directamente! —Exclamó—. ¡No debería hacerlo así!

Thevenet ni siquiera lo miró. Continuaba observando, con toda su atención, la imagen de la pantalla. Monique Lafrance, usurpando el puesto de Jeanne Calvet en la mente de Arly, estaba besando a éste, que movía negativamente la cabeza.

—No… No… No, no, no…

—¡Qué tonto eres, mi amor…! ¿Acaso va a ocurrir algo porque tú y yo cambiemos impresiones sobre el plan ZCZ 7000?

—No, no, no… ¡No!

—Está bien, no hablemos del plan ZCZ 7.000. ¿Sabes si estaremos mucho tiempo destinados en El Centro?

—No sé… No lo Sé. Depende de los españoles…

—¿Los españoles? —se sorprendió Monique.

—¿Los españoles? —se preguntó a sí mismo Michel—. Sí, los españoles, claro… El próximo turno es de ellos.

—Claro —asintió Monique, que no lo veía nada claro—. Y después de los españoles…, ¿quién tiene el turno?

—Los americanos, claro está.

—¿Los norteamericanos? ¿La CIA?

—Por supuesto.

—¿Y luego?

—Pues nosotros otra vez, naturalmente. Y así iremos estableciendo turnos: franceses, españoles, americanos…, franceses, españoles, americanos…

—Entiendo, querido. ¿Cuánto dura cada turno?

—No ha sido definido todavía. Depende de las últimas gestiones entre los tres gobiernos.

—¿Toda está relación es a nivel nacional? ¿España, Francia y Estados Unidos están preparando algo conjuntamente?

—No más preguntas —jadeó Michel—. No me hagas más preguntas, por favor.

—¿Qué están pactando Francia, España y Estados Unidos?

—No… No, no… Cada uno su trabajo… ¡No más preguntas, por favor! Bésame… Ven, vamos a…

—Tienes un poco de fiebre, Michel. Es mejor que esperes a estar bien. ¿Crees que una persona extraña podría entrar en El Centro, simulando ser otra?

—No… comprendo…

—Si otra mujer se caracterizase de modo que adoptase mi aspecto físico… ¿crees que podría entrar en El Centro, burlar los controles de vigilancia?

—No sé… Creo que no. He oído que uno de los controles registra los cardiogramas y encefalogramas de todos los que estamos trabajando en El Centro, y que las comprobaciones son periódicas… No creo que nadie pueda suplantar a nadie, no.

—¿Cada cuánto tiempo son esas comprobaciones periódicas?

—No sé exactamente, pero creo que cada día, por la mañana.

—¿Qué harían en El Centro, si nosotros no regresásemos…, si nos quedásemos dormidos?

—Alarma Rojo Intenso; nos buscarían por todos los medios durante dos horas, y, si no aparecíamos, El Centro sería evacuado y todos los sistemas de control y de información serían destruidos, como una medida más de seguridad.

—Es decir, que si nosotros no volvemos al Centro antes de las diez de la mañana, se producirá la Alarma Rojo Intenso.

—Claro…

—¿Y si llamásemos allá por teléfono, diciendo que estamos en algún sitio, y que volveremos por la tarde?

—No. No, no, no…

—¿No admitirían esa espera?

—No… No.

—¿Hay algún modo de justificar un retraso en nuestra llegada?

—No… ¡No! ¡No me hagas más preguntas!

Monique Lafrance se quedó mirando a Michel Arly, cuyo rostro estaba bañado en sudor, que se deslizaba por las sienes y las mejillas hacía el cuello; también las manos de Arly sudaban, y todo el cuerpo, como comprobó rápidamente la espía. Escuchó su

corazón, y un gesto de alarma apareció en su rostro…

—Se lo va a cargar —musitó Dupré, que contemplaba las imágenes como hipnotizado—. ¡Te digo que se lo va a cargar, le va a provocar un colapso, ya verás!

—Lo va a estropear todo —masculló Thevenet—. Las cosas están ahora de tal manera que, con suerte, a las diez de la mañana lo más tarde habrán puesto en marcha esa Alarma Rojo Intenso, y entonces habrán terminado para nosotros todas las posibilidades de conseguir el ZCZ 7.000.

Dupré vaciló.

—No es posible que ella no haya previsto esto —murmuró.

—¡Pues ya ves que no lo ha previsto! ¡Mírala! ¡Ni siquiera sabe lo que tiene que hacer ahora…! ¡Maldita imbécil! ¡Y pensar que creíamos tenerlo todo solucionado, con su intervención…!

—Cálmate. Quizá a ella se le ocurra algo… Parece que va a empezar con la muchacha, ahora.

Monique Lafrance dejó de mirar con expresión tensa al sudoroso y agitadísimo Michel Arly, que movía la cabeza de un lado a otro y jadeaba fuertemente. Se puso en pies, fue adonde estaba Jeanne Calvet, y la trasladó a un sillón, alejado del sofá. Acercó el otro sillón, sentándose delante de la muchacha, que parecía dulcemente dormida.

—Jeannine: ¿me oyes?

—Sí.

—Tengo un recado para ti, de parte de Michel. No va a poder venir, de momento. ¿Te habló Michel de su hermana?

—No… No recuerdo.

—Soy Monique Arly… ¿Michel no te dijo nada de mí? —No…

—Bueno, él es así de descuidado, a veces. En cambio, a mí sí me ha hablado de ti, y de vuestro interesante trabajo en El Centro. Quisiera preguntarte si sabes lo que…

—No —se agitó Jeanne Calvet—. ¡No, no, no…!

—Tranquilízate. Michel me ha dicho a veces que…

—¡No!

—Querida, déjame terminar. Michel piensa que en El Centro…

—¡Noooooo…!

Jeanne Calvet dio un salto tan extraño y fuerte mientras gritaba, que fue a caer sobre Monique, para rebotar y rodar por el suelo,

hasta quedar tendida cara al techo, con los ojos muy abiertos de pronto y la boca llena de espuma blanca… Súbitamente, cerró los ojos, se relajó, y quedó inmóvil, de nuevo como dormida.

—A ésa sí que se la ha cargado —jadeó el telespectador Dupré —. ¡La muchacha ha muerto!

Se quedaron mirando los dos a Monique, que estaba tomado el pulso a Jeanne Calvet. Luego, Monique miró directamente hacia el objetivo de la cámara, y dijo, obviamente convencida de que ellos estaban pendientes de todo:

—No está muerta. Pero está muy mal. Y él también.

Thevenet lanzó un gruñido, descolgó el auricular del teléfono que tenía allí mismo, y marcó el número de la casita. En la pantalla vio a Monique, descolgado el auricular. Y en cuanto vio que lo colocaba en su oreja, gruñó:

—Dígame: ¿qué cree que puede hacerse ahora?

—No se ponga nervioso —se oyó la voz de Monique en la pantalla y en el auricular—. Eso no es propio de gente como nosotros.

—Bueno, si esos dos no están de vuelta al Centro antes de las diez de la mañana, usted ya sabe lo que va a pasar. De modo que tenemos solamente doce horas. ¿Qué cree que puede hacer usted, en doce horas y las actuales circunstancias?

—De momento, descansar —dijo acremente Monique—. Y si usted va a continuar hablándome así, es mejor que yo regrese a Estados Unidos; y buena suerte a todos ustedes.

—Está bien… Lo siento. Mire, por ejemplo, esto de que usted no quiera tener una radio para comunicarse directamente con nosotros, me parece una tontería. El teléfono puede ser peligroso…

—Jules, estoy cansada, así que voy a dormir unas horas.

—¿Que está cansada? —exclamó Thevenet—. ¡Maldita sea mi estampa, usted no puede dedicarse a dormir ahora! ¡Tenemos solamente doce horas para intentar conseguir el plan ZCZ 7.000, y dice que se va a dormir!

—Buenas noches, Jules.

—¡Pero…!

Clic, sonó el auricular al ser colgado por Monique. Jules Thevenet quedó inmóvil, pálido de ira. Se volvió hacia los televisores, y vio a la espía internacional caminando hacia…

—¡No! —gritó—. ¡Eso no!

Pero sus deseos no se vieron cumplidos: Monique apagó las cámaras de televisión, y las tres pantallas se oscurecieron. Los dos espías cambiaron una mirada. Luego, durante tres o cuatro minutos, estuvieron inmóviles, atentísimos… No se oía absolutamente nada. El habitualmente risueño Pierre Dupré encogió los hombros.

—Ya te lo he dicho: se mueve como una gata. O quizá es que, sencillamente, se ha tumbado a dormir. ¿Qué hacemos?

Jules Thevenet se pasó las manos por la cara. Aparentemente, todo estaba perdido cuando ni siquiera había comenzado. Pero no todo se había perdido, ya habían conseguido algo de información. ¿Qué estaban organizando España, Francia y Estados Unidos? A nivel gubernamental, nada menos…

—¿Qué hacemos? —insistió Dupré.

—Ella es Baby, ¿no es así? —Murmuró Thevenet—. Nunca ha fracasado. ¿Por qué habría de fracasar precisamente ahora?

—Todo ocurre una primera vez.

Thevenet movió la cabeza.

—Sigue atento a todo —murmuró—. Te relevaré a las tres de la mañana: yo también necesito dormir unas cuantas horas.

—Vaya cosa —farfulló Dupré—. ¡Y yo también!

Capítulo V

—Despierta —oyó Dupré la lejanísima voz—. ¡Vamos, despierta ya!

Se sentó bruscamente en el camastro. El corazón le latía con una fuerza tremenda; como si lo tuviese en la cabeza también, sus golpes resonaban como batidos de gong en sus sienes. Iba a decir algo, pero entonces se dio cuenta de que las tres pantallas de televisión estaban encendidas. Miró a Thevenet, que estaba sentado en el borde del camastro, también mirando las pantallas. Luego, Dupré miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las cinco y veinte de la mañana. Había dormido solamente dos horas y veinte minutos… ¡Maldita sea!

Se pasó las manos por la cara, soltó un resoplido, y volvió a mirar las pantallas. Baby estaba en la del centro, esto es, la de la sala. Un gesto de pasmo apareció en el rostro de Dupré.

—¿Qué clase de ropa lleva ella? —exclamó.

—Un chándal.

—Ya sé que es un chándal —farfulló Dupré—. ¡No me digas que ahora se va a hacer deporte o alguna gimnasia exótica!

Thevenet se limitó a sonreír, encogiendo los hombros. En la pantalla, la imagen de Baby aparecía, encantadora. Estaba claro que la espía internacional había descansado a su necesidad. Fresca, vivaz, recogidos los largos cabellos hacia la nuca, mostrando su elegante cuello y sus pequeñas orejitas, ataviada con el chándal deportivo, estaba sencillamente magnifica.

—La madre que la parió… ¿Qué está tramando? —insistía en su perplejidad Dupré.

—No tengo ni la menor idea. Pero lo seguro es que piensa salir de la casa. De otro modo, no se habría vestido así, supongo… A mí, ese atuendo me sugiere deporte al aire libre, así que, vamos al coche a toda prisa. Cuando salga, quiero ir tras ella, a ver qué hace, a ver qué se le ha ocurrido nada menos que a Baby. Bien entendido

que eso es lo que ella quiere: de otro modo, no había puesto en marcha las cámaras, para que la viésemos.

Se cargó en un hombro a Jeanne, con la misma facilidad con que antes se había cargado a Michel Arly, y la llevó al garaje. Depositó a la muchacha en el asiento de atrás, junto a Arly, y volvió a taparlos con la manta. Al parecer, los efectos de la droga recibida habían provocado en los dos franceses una especie de letargo, del que no parecían tener probabilidades de salir fácilmente. En todo momento, Monique los había manejado como si sus cuerpos fuesen de simple goma. Lo que, cuando menos, evidenciaba que no estaban muertos, ya que, de ser así, la rigidez *post mortem* los habría dejado tiesos como palos, durante un buen número de horas.

Eran escasamente las cinco y media de un estrellado amanecer estival cuando Monique Lafrance, al volante del coche de Michel y Jeanne, salía del garaje de la casita del boulevard de Mondar. No vio a nadie en la calle. Enfiló la primera bocacalle a la izquierda, y poco después llegada a la Avenue Santa Ruf, por la que continuó. A la salida de Aviñón, la Avenue Santa Ruf se convertía en la nacional 570, hacia Arles. Pero Monique Lafrance no iba hacia Arlés, sino que muy pronto tomó la desviación hacia Chateaurenard. Tampoco llegó a esta localidad, sin embargo. Aún estaba a cierta distancia de Chateaurenard cuando sacó el coche de la carretera, conduciendo por un estrecho camino, hacia abajo… Las últimas estrellas le permitían ver lo imprescindible, ya que al enfilar el camino, había apagado todas las luces del coche. Distinguió perfectamente el arbolado, a la derecha. Delante, una cinta brillante, que se movía suavemente… El camino descendía hacia allí, hacia el río Durance, que acudía a verter sus aguas al Ródano.

Monique paró el motor del coche, y a los pocos segundos percibió el manso rumor del río. Eso era todo. Colocó el freno de mano y una marcha, para evitar que el coche rodase pendiente abajo, hacia el cercano río, y retiró la manta que cubría los yacentes cuerpos de Michel Arly y Jeanne Calvet; guardó la manta en el maletero de nuevo. Después, pasó a los dos franceses al asiento delantero, Arly al volante, y los desató. Las estrellas estaban ya difuminándose en la luz del nuevo día, que formaba manchas lívidas bajo la arboleda cercana. La espía internacional retiró de su

frente unas gotitas de sudor, y se quedó mirando al cielo, que iba aclarándose, adquiriendo un tono azul, lentamente…

De varios puntos, llegaban a los finísimos oídos de Monique Lafrance diversos ruidos, que ella iba diferenciando con gran facilidad. Entre las muchas cosas que tenía que agradecer a la Naturaleza estaba aquel oído, de una finura privilegiada, capaz de captar todo cuanto sucedía a su alrededor, poco menos que con la facilidad de una auténtica gatita.

Debían ser algo más de las seis de mañana, ya en marcha un soleado día, cuando Monique Lafrance quitó el freno de mano al coche, puso la palanca de cambios en punto muerto, y se apartó… Lentamente al principio, pero aumentando visiblemente la velocidad, el coche en cuyo asiento delantero yacían Michel Arly y Jeanne Calvet recorrió el corto trayecto hasta la orilla del río Durance, saltó el fangoso margen como si fuese a volar, y acto seguido chapoteó con fuerza en las aguas de oscuro color, hundiéndose de morro.

Entonces, Monique Lafrance inició una suave y elegante carrera, a marcha atlética, hacia la carretera…

Eran poco más de las nueve cuando llegó todavía otro coche más al punto de la carretera del cual partía el camino descendente hacia el río.

Tres hombres se apearon inmediatamente del vehículo. Tres hombres, a cuál más interesante. Dos de ellos eran jóvenes, atléticos, de mirada viva, inteligente, penetrante. El tercero era, evidentemente, un hombre de mundo. Bastaba verlo moverse para comprenderlo así. Debía tener algo más de cincuenta años, abundantes canas, que le conferían un aspecto señorial e interesante, y una elegancia natural, sobria, de quien ha sabido y podido vestir bien desde la cuna. Sus modales, al dirigirse a los dos hombres, eran impecables, tranquilos. Pese a tener casi veinte años más que los dos apuestos hombres que le acompañaban, podía resultar más atractivo que ellos, y, sin duda alguna, más interesante.

Uno de los hombres que le escuchaban asintió con la cabeza, y se alejó, hacia el grupo de policías que había en el cruce de la carretera a Chateaurenard y él camino. Uno de los policías le atendió, miró hacia los otros dos hombres, asintió, y fue a reunirse

con ellos.

Por supuesto, cuando habló se dirigió al hombre maduro e interesante.

—Buenos días, señor conde —saludó—. Por supuesto, el señor comisario le atenderá inmediatamente. Está en la orilla… ¿Me permiten que les acompañe?

—Sí, gracias.

Desde el discreto lugar apartado en el que esperaba cerca de la orilla del Durance, Monique Lafrance vio a los cuatro hombres acercándose, ladera abajo, entre arbustos y árboles ya iluminados por el sol, como recortados en sombras… Les estuvo mirando discretamente, hasta que se reunieron con el comisario Phillippe Braque, que dirigía toda la acción policial. A lo largo de la orilla del río, había policías, soldados, y algunos hombres, de paisano. Se estaba esperando la llegada de algunos «hombres-rana». El coche parecía un extraño monstruo, metido de cabeza en el río, con las dos portezuelas abiertas, una de ellas medio arrancada.

El comisario Braque atendió con visible deferencia al caballero de edad madura. Estuvieron conversando unos minutos, y, de cuando en cuando, Braque señalaba a Monique Lafrance, que simulaba no darse cuenta de ello, y que dedicaba toda su atención al coche y al río.

Por fin, solo, el caballero apuesto se dirigió directamente hacia Monique Lafrance, que entonces sí, no tuvo más remedio que «darse cuenta» de su existencia y presencia.

—Buenos días, señorita Lafrance —saludó el hombre—. Voy a permitirme presentarme yo mismo: Maurice de Treville.

—Hola —sonrió ella, tendiéndole la mano—. Yo no me presentó porque entiendo que el señor comisario le ha hablado de mí.

—Así es —de Treville retuvo un segundo de más la mano de la hermosísima muchacha de oscuros ojos—. Por lo que yo entiendo, tiene usted derecho a protestar muy seriamente, por todas las molestias que se le están ocasionando.

—Claro que no —protestó Monique—. Estoy dispuesta a ayudar en lo que sea. Aunque me parece… Bueno, no quiero ser pesimista, pero mucho me temo que quienquiera que fuese en ese coche…

Movió la cabeza con significativo gesto. Maurice de Treville, asintió.

—Salvo que ocurriese algo imprevisto, en ese coche iban dos personas: un hombre y una mujer. Ambos buenos amigos míos. ¿Usted no llegó a tiempo de ver a nadie?

—No. Ya le expliqué al señor comisario…

—Sí, sí. Perdone mi insistencia. Sé que usted iba por estos lugares, haciendo un poco de «footing», y entonces, vio el coche metido en el agua; fue inmediatamente adonde había dejado su coche, y corrió en busca de alguna autoridad; encontró a un policía motorizado, lo condujo hasta aquí, y desde entonces se ha visto obligada a permanecer en este lugar, soportando molestias y preguntas. ¿No es así?

—No he dicho que haya sufrido molestia alguna, *Monsieur*

—Es usted muy amable. Dígame: ¿realmente no vio a nadie por estos lugares?

—No… No.

—Cuando usted vio el coche, era muy temprano… Una hora poco habitual para encontrar gente por aquí. Por eso, quizá captó algún detalle extraño… Quizá la presencia de otro coche, o de alguna persona…

—Lo siento, pero no. Llegué desde Aviñón, dejé mi coche algo más arriba, entre unos pinos, y me dediqué a correr, primero por la carretera y luego a campo través. Me pareció que sería agradable ver el río de cerca… Y eso es todo.

—¿Hace mucho que viene usted por aquí?

—Hoy es el primer día —sonrió Monique Lafrance—. Sólo hace tres que me he instalado de vacaciones en Aviñón, y no he podido organizarme antes. Finalmente, decidí que era llegado el momento de rebajar unos cuantos kilos de peso. Últimamente, me encuentro gorda.

—Santo Dios, no —exclamó de Treville—. ¡Está usted perfecta, créame!

—Bueno, quizá se lo parezca a usted, vestida así, *Monsieur*. Pero, créame, si pudiese verme usted desnuda, comprendería que me sobran… Oh, bueno, he… he querido decir…

—La comprendo —sonrió de Treville—. No se preocupe, no he interpretado sus palabras en ningún sentido provocativo. ¿Dice que está usted de vacaciones en Aviñón?

—Así es.

—¿De dónde procede?

Monique Lafrance ladeó la cabeza, y se quedó mirando con simpática expresión al conde de Treville.

—¿Es usted policía también, *Monsieur*??

—No. No exactamente. Pertenezco a la DST [3] .

—Oh. Bueno, no comprendo… O quizá sí. ¿Debo entender que las personas que iban en ese coche eran también empleados de la DST?

—Exactamente.

—¿Está ocurriendo algo especialmente malo? —Parpadeó Monique.

—Todavía no lo sabemos. Es posible que mis amigos hayan tenido un accidente, en el que no haya nada verdaderamente importante que lamentar. Quizá en estos momentos estén río abajo, atendidos por algunas personas.

—Sí… Claro.

—Me parece que realmente estamos abusando de usted. ¿Me permitiría acompañarla a casa?

—Oh, no es necesario. Tengo mi coche en la carretera…

—Quizá sería conveniente que condujera yo. A veces, aunque no lo parezca, algunas cosas nos afectan lo suficiente para que, al conducir, cometamos algunos errores.

—Bueno, no sé… No tengo inconveniente, claro. Al contrario. Pero, *Monsieur*, si usted conduce mi coche… ¿cómo regresará aquí, o a su trabajo…?

—Me las arreglaré, no se preocupe. ¿Vamos?

—Quizá el señor comisario quiera…

—El señor comisario me ha pedido que le despida de usted. Si más adelante precisase su declaración en alguna nueva faceta, la visitaría en su domicilio del boulevard de Monclar.

Monique Lafrance se quedó mirando fijamente a Maurice de Treville. De pronto, parpadeó, asintió con la cabeza, y comenzó a caminar hacia la carretera…

Con los prismáticos, Jules Thevenet vio a Monique y a Treville, entrando en el coche. Cuando el coche de Monique partió, con Maurice de Treville al volante, el otro coche, con los dos hombres que habían llegado con el conde, partió detrás.

Thevenet bajó los prismáticos, y miró a Dupré sonriendo.

—Es toda una zorra —musitó—. No sé qué pretende ni cómo se las va a arreglar, pero está metiendo a Treville en el cepo.

—¡Y tú creías que lo estaba haciendo todo muy mal! —recordó Pierre Dupré.

—Bueno, todos nos equivocamos alguna vez, ¿no es así? Vamos al coche.

—¿Nos vamos? ¿No sería mejor quedarnos, por si los policías encontrasen algo?

—No seas cretino —farfulló Thevenet—: ¿qué podrían encontrar, sino los cadáveres de esos dos desdichados? Aunque ni siquiera eso van a encontrar, pues la corriente debe estar llevándose los cadáveres hacia el Ródano. Y una vez en el Ródano, ya no aparecerán hasta que lleguen al mar, seguramente… ¿Qué te pasa?

—Estoy pensando que ella ha matado a dos franceses, a dos empleados del Centro.

—¿Y qué?

—No me gusta una mujer así, eso es todo.

—Parece que esta mañana tienes la mente un poco espesa… Estamos tratando con Baby, ¿recuerdas? Ella se ha propuesto conseguir el plan ZCZ 7.000, y lo conseguirá, caiga quien caiga.

—No es que me importe —reflexionó Dupré—, pero… me produce escalofríos, francamente. A fin de cuentas, ella no ha podido considerar como verdaderos enemigos, en ningún momento, a esos dos pobres muchacho. Y a pesar de eso, como le va bien para sus planes, los mata.

—Quizá tengas razón —murmuró Thevenet—. Pero eso no es cuenta nuestra. Vamos a Aviñón enseguida: no quiero perderme lo que pasa entre Baby y el conde de Treville.

—Está bien. Realmente, no todo el mundo tiene el privilegio de ver a Baby en acción.

Capítulo VI

Maurice de Treville alzó la mirada de las cuartillas, y la dirigió hacia la puerta de la sala, en la cual acababa de aparecer Monique, envuelta en un cortísimo albornoz blanco, y secándose la cabellera con una toalla de alegres colores.

—El café estará enseguida… ¡Oh! ¿Está leyendo mi novela, *Monsieur*??

—Me he permitido echar un vistazo a estas cuartillas que estaban a la vista —sonrió de Treville—. Es usted muy rápida, señorita Lafrance.

—Ya le he dicho que me ducharía en el tiempo de hacerse el café —rió ella; de pronto quedó seria—. ¿Le gusta el principio de mi novela?

—Francamente, sí. Aunque quizá este amor entre Angelo y Birgit sea… un tanto violento, ¿no le parece?

Monique se acercó, y se sentó en un sillón, frente a Maurice de Treville. Al sentarse, terminó de mostrar la perfección dorada de sus muslos, incluso hasta más arriba de las ingles…, pero no pareció darse cuenta. En cambio, Maurice de Treville desvió rápidamente la mirada, tenso, tragando saliva. Al desviar la mirada, lo hizo hacia la parte alta del cuerpo de Monique… El albornoz estaba puesto con evidente descuido, de modo que, prácticamente, se le veían a la hermosa Monique los dos senos…

—Quizá sea un poco violento —dijo ella, que parecía no darse cuenta de su casi desnudez—, pero me pregunto qué pasión no lo es, *Monsieur*

—Es posible que tenga razón —murmuró de Treville—. Pero también los amores sosegados son buenos y agradables.

—¡Por supuesto que sí! Pero, *Monsieur*, los amores buenos y sosegados están al alcance de cualquiera, y, por lo tanto, no

interesan a nadie, pues sería lo mismo que leer detalles sobre su… bueno, sosegado y… aburrido amor. En cuanto a mí, lo primero que pienso es que escribo para el público, así que procuro ofrecerle temas y situaciones interesantes.

—Me parece lógico —admitió el conde—. Eso significa, claro está, que no es usted forzosamente como su heroína Birgit, con Angelo, el apasionado amante.

—No lo sé —rió Monique deliciosamente—. ¡Para saber si yo soy como Birgit, debería encontrar al Angelo de mi vida!

—¿Realmente no lo ha encontrado aún?

—Me temo que no.

—Me sorprende… Con usted, cualquier hombre podría comportarse como Angelo, sin el menor esfuerzo.

Se quedaron mirando fijamente. De pronto, Monique bajó la mirada, y vio sus pechos poco menos que al aire, y la abertura tremenda del albornoz, de modo que se veía su bajo vientre. Enrojeció, y se apresuró a cubrirse con más acierto.

—Creo… creo que el café ya está listo… Iré por él. Aunque quizá sea mejor que primero me vista. Bueno, si usted tiene prisa…

—Ninguna. Ya he visto lo que quería ver.

Monique Lafrance enrojeció de nuevo.

—¿Qué es lo que quería ver? —musitó.

—Dónde vivía usted, y a qué se dedicaba. Por otra parte, en el coche hemos agotado el tema del accidente, de modo que no creo que tengamos nada más que hablar al respecto.

—Bien… Sí, tiene razón. Oh, pero aún no le he enseñado mi pasaporte, y usted quería verlo.

—No, perdón. Sólo quería ver algún documento de identidad de usted, y usted me dijo que como pensaba viajar pronto al extranjero, se había traído de París su pasaporte… ¿No fue así?

—Sí… Sí, es verdad. Bien, iré a buscarlo…

—No hay prisa. Incluso, puede enseñármelo en otro momento. ¿Le parece bien que yo sirva el café, mientras usted se viste?

—Oh, sí… Bueno, *Monsieur*, está usted siendo verdaderamente amable y simpático.

—Lo que quizá podría inducirla a usted a recibirme en París, en alguna ocasión —sonrió de Treville.

—¡Naturalmente que sí! ¡Encantada! Quiero decir… Bien, mejor

será que vaya a vestirme…

—Sí… Mejor será.

Monique salió precipitadamente de la sala…

Jules Thevenet y Fierre Dupré desviaron inmediatamente la mirada hacia la pantalla en la que aparecía el dormitorio. Allá, Monique apareció en seguida, miró hacia el objetivo de la cámara, y guiñó un ojo.

—Lo está pasando en grande —jadeó Dupré—. Sabe que la estamos mirando, y se está divirtiendo con nosotros… y con ese pobre hombre.

—Ese «pobre hombre» —recordó muy juiciosamente Thevenet— es Maurice de Treville, uno de los jefes más importantes del SDECE y consejero principal de la DST, y, por tanto, uno de los cerebros más importantes de Francia.

—Pues me está pareciendo un pobre hombre —rió nerviosamente Dupré.

—Verdaderamente, esa mujer es capaz de…

—¡Mira! ¡Se ha desnudado completamente! ¡Y sabe que la estamos mirando…!

Thevenet ya estaba viendo a Monique, por supuesto. Ella, en efecto, se había quitado el albornoz, apareciendo en toda su espléndida e impresionante desnudez. Dupré emitió un ahogado jadeo; parecía que sus ojos fuesen a salir de las órbitas… Monique se pasó suavemente las manos por los senos, alzando de nuevo la mirada hacia el oculto objetivo de la cámara de televisión.

—La tenemos a cuatro pasos —jadeó Dupré roncamente—. ¡En cuanto ese pobre hombre se vaya, vamos a ir los dos a poseerla…!

—Cálmate. Quizá ese «pobre hombre» no se vaya tan pronto como crees —Thevenet señaló la pantalla de la sala—, y por otra parte, sólo iremos a acostarnos con ella, si eso no ha de ocasionar dificultades en lo que realmente nos interesa. ¿Está claro?

Dupré no quiso contestar. Estaba mirando a Maurice de Treville, que abandonaba la sala. Segundos después, aparecía en la pantalla que ofrecía las imágenes del dormitorio. En éste, Monique, todavía desnuda, estaba de espaldas a la puerta, sosteniendo con ambas manos en alto unas braguitas sencillamente encantadoras, como mirándolas a trasluz…

—Ahí llega él —jadeó de nuevo Dupré, excitadísimo.

Thevenet apretó los labios. Al parecer, Monique Lafrance no tenía muy buen oído, porque permanecía de espaldas a De Treville, que llegó justo a su espalda, y, sin más preámbulos, la abrazó; por la cintura con un brazo, y por los senos con el otro, deslizando la mano por encima de éstos…

Dupré pegó un salto en la silla, que coincidió con el sobresalto de Monique Lafrance, al sentirse abrazada por detrás.

—¡La ha asustado! —exclamó.

—No seas estúpido —gruñó Thevenet—; ella le ha estado esperando, le ha estado oyendo todo él tiempo. La gata estaba esperando al ratón, eso es todo…

Monique giró entre los brazos de Maurice de Treville, pero sin poder salir de su cerco. Todo lo que consiguió fue quedar frente a frente al conde.

—*Monsieur*, por favor —tartamudeó—. ¡No debe usted hacer esto conmigo…!

Maurice de Treville era un hombre de mundo, en efecto. ¿Qué es una negativa, sino el principio de una afirmación? Así que se inclinó y besó lentamente uno de los senos de la espía internacional, que vibró de pies a cabeza, y echó ésta hacia atrás, suspirando…

—No, no… ¡Por favor, *Monsieur*!

Las manos de Maurice de Treville se deslizaron hacia la espalda de Monique, y allí se clavaron con fuerza, apretando el cuerpo femenino contra él suyo.

—Monique… ¡Monique!

—Se lo ruego, *Monsieur*… Por favor, no…

—Usted me vuelve loco —jadeó De Treville—. ¡Me vuelve loco, y lo sabe, porque ha estado buscando eso todo el tiempo! ¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho, si no desea ahora esto?

—Se… se equivoca… Sí lo deseo… ¡Es usted tan atractivo, *Monsieur*! Pero…, pero no ahora… No podría… *Monsieur*, por favor, sea paciente…

—¿Qué quieres decir? —Casi gritó el conde.

—No es el momento… Creo que sus amigos le están esperando afuera en su coche, y además, está todo ese asunto del accidente… Yo estoy nerviosa, tensa… Por favor, no es el momento…

Las manos del conde se deslizaron por las tersas caderas de color

oro y sol. Rígidas, crispadas, con leve temblor.

—Entiendo que estás sola en Aviñón, en esta casa —susurró el conde.

—Sí… Claro, ya le he dicho… *Monsieur*, sus manos me… me están… lastimando…

—Lo siento —de pronto, él la soltó, y retrocedió un paso; se pasó una mano por la frente—. Lo siento de veras, Monique.

—Bueno, me ha asustado un poco, pero —Monique sonrió dulcemente— ya ha pasado… Desde luego, *Monsieur*, su…

—Maurice —murmuró él—… Llámame Maurice. Y me gustaría saber, puesto que estás sola aquí, si esta noche, con más calma… Lo que quiero decir es que me gustaría que me invitases a cenar. ¿Tienes preferencia por algún champaña?

—¡Oh, sí! ¡Me encanta el «Perignon»…! Del 55. Y, por favor, *chéri*, trae también algunas guindas.

—¿Guindas?

—En confitura, si no hay naturales.

—Bien… Eres muy comprensiva, Monique. ¿De verdad no me guardas rencor?

—No —rió ella—. ¡Pero espero que esta noche sea más delicado que ahora, Maurice!

—Sí… Te aseguro que nunca me había ocurrido nada parecido. Bien, quisiera que olvidases mi comportamiento de patán… ¿Te parece que tomemos café?

—No sé si te conviene tomar café… ¡Ya estás demasiado excitado! —volvió a reír Monique.

Maurice de Treville sonrió, se acercó a Monique, y alargó una mano… hacia una de ella, que alzó y besó con elegante gesto.

—El vendaval ha pasado, por el momento —susurró—. Será mejor que te vistas, para tomar el café en la sala. En cuanto a la noche… ¿a qué hora te parece bien? ¿Las siete?

—Mejor las ocho —pidió ella—… Pero, por favor, trae el champaña frío…

Dupré se estremeció.

—Lo está manejando como quiere —musitó.

Thevenet asintió con un gesto, murmurando:

—Espero que no olvides la lección. Lo mismo habría hecho

contigo, si hubiese querido, y eso sería desastroso.

—¿Quieres decir que no vamos a ir con Monique, en cuanto De Treville se marche, después de tomar café?

—Por supuesto que no vamos a ir con Baby —recalcó Jules Thevenet, secamente—. En primer lugar, porque no nos conviene complicar las cosas por ningún concepto, ahora que ella está orientando el asunto. Y en segundo lugar, ella puede darle a De Treville todo lo que él le pida, porque espera algo de él, pero… ¿acaso espera algo de nosotros?

—¡La muy perra…!

—Cálmate. Deja que las cosas vayan sucediendo por su orden, y todo terminará bien. Vamos a esperar que De Treville se marche, y llamaremos a Monique por teléfono.

Maurice de Treville se marchó veinte minutos más tarde, y, en seguida, Thevenet llamó por teléfono a la espía internacional, que, todavía sentada en el sofá de la sala, descolgó el auricular, y miró, sonriente, hacia el objetivo de la cámara de televisión.

—¿Sí, Jules? —inquirió.

—¿Cómo sabe que soy yo? —Gruñó Thevenet.

—Pero, querido… ¿quién más podría ser? Dígame, ¿les ha gustado… lo que han visto?

—Mucho. Hasta el punto de que Dupré quería ir a visitarla, en cuanto se fuese De Treville.

—Entiendo —se enfrió claramente la voz de Baby—. Espero que usted haya hecho comprender a Dupré cuál es la situación, y sus posibilidades de acostarse conmigo. ¿Por qué llama?

—Bien… Quería saber cuáles son exactamente sus planes.

—¡Qué pregunta tan tonta, Jules…! ¿Cuáles pueden ser los planes de una hermosa mujer que quiere llevarse a un hombre a la cama? ¡Obtener algo de ese hombre, claro está!

—Pero… Bueno, De Treville es un viejo zorro, se lo advierto, y…

—Escuche, soy yo quien está dando la cara en este asunto. Si usted cree que puede hacerlo mejor, sólo tiene que decirme que me retire, y lo haré con mucho gusto. Le aseguro que, personalmente, no tengo ningún interés en acostarme con el conde.

—Sin embargo… ¿lo hará?

—Es usted un bobo, amigo mío; ¿aún no ha comprendido que la

agente Baby consigue siempre lo que quiere porque está siempre dispuesta a todo?

—A propósito, esas dos personas que usted ha matado…

—¡Yo no he matado a nadie! —Se irritó Monique.

—Bueno… Francamente, no entiendo cuál es su mentalidad, Baby. Ese hombre y esa mujer estaban drogados, cuando usted metió el coche en el río, así que nada podían hacer para sobrevivir. Simplemente, como las portezuelas estaban abiertas, cayeron al agua, y en estos momentos, ahogados, deben estar viajando río abajo…

—Siempre pierden los menos preparados. ¿Algo más?

—No —se estremeció ahora Jules Thevenet—. Pero creo…

—Si va a darme opiniones personales, no me interesan. Y voy a decirle algo: no me llame más por teléfono, a partir de ahora, ya que no pienso contestar. Adiós, Jules.

—¡Pero…!

Clic, se oyó el sonido del auricular, mientras se veía en la pantalla a Monique, colgándolo. Fierre Dupré, que había estado escuchando en directo a su compañero, y a Monique por medio del televisor, miró a Thevenet, y sonrió secamente.

—Tiene mala uva la gatita, ¿eh? Esperemos que esta noche no decida cargarse también a Maurice de Treville. Sería el fracaso definitivo, ya sin remedio.

—No te preocupes; ella seguirá su juego hasta el final…

—Pues yo no pienso perdérmelo. Va a ser un espectáculo interesantísimo… ¡Maldita sea, pero tenemos que esperar hasta las ocho!

A las ocho en punto, llegó Maurice de Treville a la casita del boulevard de Mondar. Llevaba flores, champaña «Perignon 55», un tarro de guindas de bonito color rojo traslúcido. Durante la cena, se portó como un caballero, de modo impecable. Con la última copa de champaña, comenzó a sugerir algo. Durante el café, con simpático atrevimiento, acarició los hombros de Monique, desnudos y deliciosos, y terminó por bajar el delgadísimo tirante transparente del vestido de noche, de modo que uno de los senos de la espía quedó al descubierto. Ya al primer beso, Monique cerró los ojos, y la copa de coñac que tenía en una mano tembló… Maurice de Treville profundizó en sus caricias, y ella gimió. El conde le quitó la

copa de entre los finos deditos, y musitó:

—Tienes la mano tan fría, Monique…

—Por favor —gimió ella—… Por favor, Maurice…

El trato era ya de viejos amigos. Durante la cena, se había hablado de arte en sus varias facetas, especialmente, como una atención de Maurice hacia la profesión de Monique, de literatura. De música también. Algo de política, de pasada. Algún comentario sobre acontecimientos internacionales…

—¿He sido lo bastante paciente? —murmuró él.

—Oh, sí… ¡Demasiado!

Maurice de Treville se puso en pie, y tendió una mano a Monique, que se apresuró a tomarse de ella. Segundos después, los dos estaban en el dormitorio, y el conde procedió a desnudar despaciosamente a Monique, que temblaba visiblemente…

—Es toda una mala zorra —jadeó Dupré—… ¡Vamos a ver cómo derrota a ese pobre hombre como si…! ¡No! —exclamó—. ¡Oh, no…!

Pero de nada le sirvió a Dupré su rebeldía: Monique Lafrance, que se había acercado al conmutador que ponía en marcha, o detenía la proyección, la había detenido, en el dormitorio. La pantalla quedó a oscuras, y Dupré volvió la cabeza hacia Thevenet, pálido de ira y decepción.

—¡Esa… esa…!

—Tranquilízate —rió Thevenet—. Ya sabemos lo que va a pasar ahí, hombre. Y ella puede ser asesina, amoral, fría y todo lo que quieras, pero todo tiene un límite. Y además; ¿es que no eres capaz de comprender que lo que ella pretende, precisamente, es irritarnos, sacarnos de nuestras casillas?

El gesto del simpático Dupré se endureció.

—Creo que tienes razón… ¡Pero no va a conseguirlo, esa…!

—Tómate las cosas con calma. Bien, aunque sabemos lo que va a pasar esta noche en esa casa, será mejor que te quedes aquí, por si el conde se marchase antes del amanecer u ocurriese algo imprevisto… Yo voy a llegarme con el coche a Marsella, a ver si todo está bien por allí. Seguramente no volveré hasta mañana. Pero, claro está, si ocurre algo nuevo, llámame por teléfono.

—¿Estarás todo el tiempo en la casa de Benoit Malon?

—Prácticamente. Y si no estoy allí, ellos sabrán dónde

localizarme inmediatamente. Además, yo no tengo inconveniente en llevar radio de bolsillo, de modo que podrán llamarme, ya que estaré dentro del radio de acción de quince millas. No te distraigas.

—Me gustaría ver cómo lo hace ella…

—Quizá puedas conseguirlo en otra ocasión…, y con otro personaje. Aunque, claro, prefiero que consiga ese plan.

—Yo diría que está camino de conseguirlo, desde luego.

—Ojalá. Hasta mañana, Pierre.

Capítulo VII

—¿Y a qué hora se fue?

—A las siete y diez, sin desayunar siquiera. Primero, oí sus voces por los micrófonos. Luego, los dos aparecieron en la sala, el terminando de vestirse, ella todavía desnuda Le acompañó hasta la puerta, y el conde se fue.

—¿Dijo cuándo volvería?

—¡Vaya pregunta! —bufó el irritadísimo y soñoliento Pierre Dupré—. ¡Volverá esta noche, naturalmente!

—Bueno, supongo que ella lo está… «madurando». Creo que debes dormir un poco, ya me encargo yo de los controles.

—Estupendo. ¿Alguna novedad en Marsella?

—No.

—¿Ha dicho algo más el narizotas?

No se le ha pedido nada más. Su organismo quizá no lo resistiría, y a todos nos conviene que siga con vida Te he traído algo de comer…

—No quiero comer —gruñó Dupré—. Sólo quiero dormir. Si esto sigue así, tendremos que pedir ayuda, o caeré muerto de sueño.

—No podemos pedir ayuda tan fácilmente. Tan sólo con que quien viniera a ayudarte cometiese el más pequeño fallo hablando en francés, ella se daría cuenta, si lo oía. Tenemos que seguir los que estamos en esto. Así que duerme y calla.

Esta vez, Pierre Dupré durmió a plena satisfacción. Desde las nueve y cuarto de la mañana en que Jules Thevenet le sustituyó ante los controles, durmió de un tirón hasta las cuatro y media de la tarde. A esa hora, comió los bocadillos que le había traído por la mañana Thevenet, luego salió a caminar un poco y tomar un par de cafés, y, hacia las seis, estaba de nuevo ante los controles, con una botella de *whisky*, más comestibles, tabaco, café enlatado…

—¿Qué? ¿Todo normal? —preguntó.

—Sí. ¿Has visto algo que deba preocuparnos?

—No. He pasado un par de veces por delante de la casa, y no he notado nada extraño. Quizá sería una buena idea volver por allí cuando esté a punto de llegar De Treville. Podría ser que no llegase solo. A fin de cuentas, no es tonto, no tenemos que menospreciarlo.

—Nadie lo menosprecia —Thevenet señaló la pantalla—. Ni siquiera ella, estoy seguro.

—Seguramente es así. ¿Sigue escribiendo a máquina?

—Sí. Y no me sorprendería nada que, puesta a escribir novelas, también lo hiciera estupendamente.

—A lo mejor le dan el Premio Nobel —sonrió Dupré.

—¿Por qué no? Bueno, quédate un rato aquí; yo voy a estirar las piernas un poco. Volveré antes de las ocho, claro.

Efectivamente, Thevenet volvió antes de las ocho. Pero no le sirvió de nada su interés en estar allí a esa hora, ya que el conde de Treville no llegó a las ocho a la casa del boulevard de Mondar… A las nueve, Dupré y Thevenet estaban francamente preocupados, nerviosos. En la pantalla, veían a Monique Lafrance, no menos impaciente y preocupada que ellos. Hasta el punto de que, en determinado momento, mirando hacia el objetivo de la cámara de televisión, dijo:

—Jules, De Treville se está retrasando más de una hora… ¿Ocurre algo nuevo? Si es así, llámame ahora mismo para explicármelo.

Como no ocurría nada nuevo, al menos que él supiese, Jules no llamó a Monique, que, tras mirar durante un par de minutos el teléfono, comprendió.

Por fin, cuando los nervios de los tres espías estaban en gran tensión, llegó Maurice de Treville a la casita. Monique corrió a abrir en cuanto oyó el timbre, y, apenas De Treville entró en la casa, se colgó de su cuello.

—¡Estaba muy preocupada, Maurice…! ¿Te ha ocurrido algo?

—A mí, no —murmuró él—. Hemos encontrado a Arly.

—¿A quién?

—Michel Arly es el hombre que iba en el coche que cayó al río; le acompañaba Jeanne Calvet. No sabemos nada de ella, pero el cadáver de Arly ha sido encontrado en la margen izquierda del

Ródano, a la altura de Aramon.

—Oh, Maurice, ¡cuánto lo siento…!

—Ha sido un día terrible —suspiró de Treville—. Siento llegar tarde, Monique.

—¡Qué tonto eres…! Lo principal es que has venido. ¿Qué crees que ha podido pasar con Arly y la chica que iba con él?

Habían llegado conversando a la sala. De Treville se dejó caer en el sofá, y Monique se sentó a su lado.

—¿Qué ha podido pasar? —murmuró el conde—. Bien, nos resistimos a creerlo, pero, sin duda alguna, ha sido un accidente estúpido. Yo diría que incluso increíble.

—¿Por qué increíble?

—Anteanoche, Arly y Jeanne tenían permiso. Todos sabíamos que se amaban, así que sabíamos muy bien lo que se apresurarían a hacer, en cuanto salieran de… de la casa. Pero parece que perdieron la cabeza. Hemos llegado a la conclusión de que regresaban hacia Chateaurenard de madrugada, algo borrachos, y que decidieron meterse entre los árboles para hacer el amor… Quizá estaban demasiado borrachos. El caso es que, entre eso; la oscuridad, y los deseos que sentían… Bien, el coche fue rodando pendiente abajo, se metió en el río, quizá los dos sufrieron algunos golpes, o la borrachera era demasiado fuerte… Cayeron al agua, y… ahí terminó todo.

—Oh, Dios mío, es terrible… Pero no comprendo que para amarse tuvieran que salir de su casa, Maurice. Y eso de pedir permiso para salir…

—Bueno, es una casa especial, realmente.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial? ¿Dónde viven los dos?

—Arly ya no *vive* en ningún sitio, Monique.

—Lo siento. Quería decir… ¿Ellos también eran de la DST?

—Sí.

—¿Y a qué se dedicaban cuando murieron?

—Trabajaban en la casa… Nosotros lo llamamos El Centro.

—¿El Centro? ¿Qué significado tiene? ¿Qué hacéis allí?

—Pues… muchas cosas. Pero, en realidad, todo gira en torno a un… plan.

—¿Un plan? —Se pasmó Monique—. ¿Qué clase de plan? —Lo llamamos el plan ZCZ 7.000, y consiste en… La verdad es que no

creo que te interese. ¿Tienes algo de cenar?

—Si… ¡Pero sí me interesa todo eso, Maurice!

—¿Te interesa el ZCZ 7.000? Bien, en realidad es todo demasiado complicado para explicártelo, querida…

—Tenemos toda la noche por delante —sonrió Monique—… ¿O quizá no vas a quedarte esta noche conmigo?

—Por supuesto que si —se inclinó a besarla Maurice.

Monique apartó con delicado gesto su boca de la trayectoria de la de Maurice de Treville.

—Podrías explicarme algo antes de cenar —susurró—. Soy un poco lenta para entender las cosas, y de este modo, cuando fuésemos a la cama, ya no tendría la mente distraída con otras cosas. Quiero decir que podría… atenderle debidamente, mi amor.

—Sí, comprendo… Quieres saber en qué consiste el plan ZCZ 7.000, ¿no es así?

—Me gustaría, sí —sonrió ella, pura miel.

De Treville puso una mano en un hombro de la espía internacional, sobre la carne dorada y palpitante. Monique llevaba solamente una camisita tipo *baby-doll*, de nítidas transparencias y sujeta a sus hombros por dos finos hilos de oro. En realidad, era como si no llevase nada… Y desde su hombro, la mano de Maurice se deslizó hacia los senos, lentamente. Ella volvió a sonreír dulcemente, acariciando la mano de él, y le acercó los labios. Maurice los besó, despacio, mientras sus manos apretaban con fuerza el cuerpo femenino…

Monique se apartó.

—Me haces daño, querido… Creo que será mejor que sigamos hablando del plan ZCZ 7.000.

—Bueno… Sí, perdona… En realidad, el plan es tan… complicado que no sé si podría explicártelo de memoria. Lo mejor sería que tomase el sobre de la caja fuerte y lo trajese aquí. Así podría ir dándote toda clase de explicaciones con exactitud. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, querido. Pero, mientras tanto, espero ser capaz de entender cualquier explicación.

—Claro. ¿Cómo dudarlo? Hoy, explicaciones, y mañana, nada más y nada menos que el sobre conteniendo el plan. Santo cielo, Monique…, ¿eres idiota?

—¿Qué dices? —Respingó ella—. ¿Por qué me llamas idiota?

—Porque lo eres, mi amor.

—¡No tienes der…!

¡PLAF!, resonó la tremenda bofetada en pleno rostro de Monique Lafrance. Una bofetada tan fuerte que la espía salió despedida lateralmente del sofá, y cayó al suelo, con fácil y alegre revuelo de su camisita. Monique giró sobre sí misma, se colocó boca abajo sobre manos y rodillas, comenzó a ponerse en pie…, y la punta durísima del zapato de Maurice de Treville le llegó por el lado derecho hasta el estómago. Monique lanzó un gemido ahogado, pareció saltar, y volvió a caer de bruces…

Ante las pantallas de televisión, Jules Thevenet y Pierre Dupré, lívidos, asistían como petrificados a la inesperada escena. En el suelo, Monique yacía, lívida, con el rostro vuelto hacia la cámara. Su expresión de dolor, de angustia, estremeció a Dupré, que reaccionó entonces.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó—. ¡Era de temer que De Treville sospechase de ella, la hará hablar, ella dirá que nosotros estamos aquí con todo esto…!

—Espera, aún tenemos tiempo. Veamos qué pasa exactamente quizá ella solucione la situación, de un modo u otro.

—¡No digas tonterías! ¡La va a matar a golpes…, y De Treville está armado, míralo!

Efectivamente, De Treville estaba armado. Había hecho dar la vuelta a Monique, de modo que ésta quedó boca arriba, y entonces se sentó sobre su vientre, sacó una pistola, y apoyó la punta bajo la barbilla de la muchacha, rudamente. Su voz, crispada por la furia, sonaba como estampidos en la pequeña habitación donde Thevenet y Dupré, en una vieja casa, a menos de doscientos metros de la de Monique Lafrance, estaban asistiendo al aparente derrumbe de sus proyectos. O bien, al éxito de las medidas de seguridad del Centro…

—Vamos a hablar en serio, querida —dijo fríamente Maurice de Treville—. Es decir, tú vas a hablar en serio, o te voy a meter una bala por aquí, de modo que te volaré la cabeza. ¿Cuál es tu juego?

—Maurice… Maurice, me… me haces daño —gimió ella—. Y no sé… no sé de qué me hablas…

—Escucha, puta cara, cuando tú naciste, yo había mordido ya varias balas en está puerca vida del espionaje. Las nenas como tú

están bien para películas de hace treinta años, y para viejos idiotas, o para deficientes mentales. Pero pensar que a mí podrías tratarme como a un muñeco, utilizando el sexo, ha sido una idiotez impropia de estos tiempos. ¿Crees que no me di cuenta en seguida de que tenías un juego personal? ¡Vamos…! ¿Con quién crees que estás tratando?

—No sé… ¡No lo sé, quítate de encima, no puedo respirar!

—Si puedes gritar, es que puedes respirar, y si puedes respirar vas a contestar a mis preguntas… Y lo harás, porque, si no lo haces, comenzaré a romperte dientes con la pistola. ¿Te gustaría quedarte sin un solo diente, preciosa? Veamos, sin duda te has documentado bien sobre el asunto, lo cual quiere decir que sabes quién soy muy bien, que sabes que dirijo El Centro de Chateaurenard, que ya sabías que existía el plan ZCZ 7.000… ¿No es así?

—Sí… ¡Sí, sí, sí…!

—De acuerdo, *mon amour*. De modo que te enviaron por mí. Ve a acostarte con ese pobre viejo, y sácale todo lo que puedas, sea como sea, pues nosotros queremos el plan ZCZ 7.000. ¿No es así, *ma belle et petite putain*?

—¡Sí!

—Muy bien. Te diré varias cosas: no soy ningún viejo, ni tú eres demasiado lista, ni te voy a decir nada sobre el plan… ¡Santo cielo, si hasta creías que te lo iba a traer en un sobre! Me gustaría saber para quién estás trabajando, porque debe ser agente de la Edad de Piedra del espionaje… ¡Seducir a un hombre para que entregue unos importantes planos a una bella espía! *Sacre*… ¡Es incluso un insulto! Jamás podría traerte el plan, aunque quisiera… ¿Y sabes por qué?

—No… No.

—Porque no está escrito en papelotes y guardado en un sobre de una caja fuerte… ¡Qué tontería! Él plan ZCZ 7.000 está *dentro de una computadora*, que solamente un hombre en todo El Centro sabe hacer funcionar con el adecuado programa para que el cerebro electrónico dé la respuesta exacta. ¿Cómo crees que podrías conseguir el plan, en esas condiciones? ¿Se te ocurre algo, niña lista?

—Podría… conseguirlo si supiese… quién es ese hombre único que conoce el programa de preguntas para la computadora… ¡Sí,

podría hacerlo!

—Fantástico, mi amor. Bueno, ese hombre se llama Lucien Dautreuil, ya ves si soy amable contigo. Pero, mientras esperas la oportunidad de ponerte en contacto con él y «seducirlo», vas a contestar a mis preguntas, de una vez. Primera: ¿para quién trabajas?

—Para la CIA… ¡Para la CIA!

El gesto de Maurice de Treville se endureció aún más.

—Muñeca, la CIA y el SDECE, en esta ocasión, están corriendo en la misma dirección, codo a codo. Si has de contarme alguna mentira, que sea mejor, o te quedas sin dientes. Repetiré la pregunta: ¿para quién est…?

La reacción de Monique Lafrance, por inesperada y veloz, hizo respingar incluso a Thevenet y Dupré, que estaban viendo las cosas muy mal paradas para todos, especialmente para ellos… Pero el realmente perjudicado y sobresaltado por la reacción de la espía más peligrosa del mundo fue Maurice de Treville: Baby hizo un velocísimo quiebro con el cuerpo y la cabeza, de modo que ésta quedó fuera de la línea de tiro de la pisto la del conde, y aquél, con el brusco movimiento, hizo vacilar a De Treville en su asiento sobre el vientre de Monique. Y en esa vacilación, la espía internacional demostró una vez más su peligrosidad: aferró la mano armada de Maurice de Treville, giró con más fuerza el cuerpo, y el hombre, gritando e intentando desprender su muñeca de aquella manita delicada en apariencia, pero de dedos de acero, cayó de lado junto a ella.

La siguiente acción de Monique fue implacable; encogió la pierna derecha, y lanzó un rodillazo, de lado, hacia las ingles de Treville, que lanzó un berrido y se encogió… Un instante más tarde, se habían cambiado las tornas, era Monique quien estaba sentada sobre De Treville, sujetando su muñeca y golpeándola contra el suelo, hasta que la pistola se desprendió de los crispados dedos. De Treville, escasamente repuesto del dolor producido por el tremendo rodillazo, lanzó un puñetazo hacia el rostro de Monique, que simplemente se ladeó, dejándolo pasar. Al mismo tiempo, con el canto de la mano derecha, descargó un golpe de apariencia suave en el centro del pecho de Maurice de Treville.

Éste quedó como paralizado, rígido, con los ojos muy abiertos…

De pronto, su expresión se dulcificó, se relajó… Todo él se relajó. La cabeza colgó hacia la derecha, flojamente, los pies se movieron como si todo el cuerpo fuese de goma… Durante unos segundos, Monique estuvo contemplando incrédulamente a De Treville. Luego, le puso dos deditos en una carótida.

Cuando miró hacia el objetivo de la cámara de televisión, Thevenet y Dupré sabían ya lo que ella iba a decir.

Y en efecto, eso dijo, tartamudeando:

—Es-está… está m-m-mu-nuerto… ¡Está muerto!

Lívido, Thevenet se precipitó hacia el teléfono, y marcó el número de la casita. En la pantalla veía el teléfono, y lo oía sonar, y veía a Monique mirando el aparato como alucinada. Por fin, ella se alzó de sobre el cadáver de Maurice de Treville, y fue a atender la llamada.

—¡Salga de esa casa inmediatamente! —Gritó Thevenet—. ¡No se preocupe de nada, sólo salga de ahí, escape como pueda y venga a reunirse con nosotros en la casa de Marsella…! ¿Sabrá llegar allá?

—¿Por qué tengo que marcharme de Aviñón? —Pareció serenarse, de pronto, Monique.

—¿Está bromeando? —Aulló Thevenet—. ¡Si De Treville sospechaba de usted, es lógico que haya instruido a sus hombres al respecto! ¡De modo que la casa tiene que estar vigilada, así que tenga mucho cuidado al salir…! Olvide el coche, salga a pie, escondiéndose…

—Jules; está perdiendo el tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a seguir actuando a mi manera, no a la suya.

—¡No puede hacer ya nada! —Aulló Thevenet—. ¡Después de esto, usted ha quedado completamente inservible para éste asunto, se lo aseguro! Salga de ahí cuanto antes y… ¡Monique!

Monique había colgado. Pero miraba hacia el objetivo de la cámara, y decía:

—No me gusta que me griten. Ni que me discutan. Así que, ahora que usted puede oírme a mí y yo no puedo oír sus alaridos, escúcheme, Jules: todavía puedo conseguir algo, pese a lo que acaba de ocurrir. No hay por qué perder la cabeza. Pase lo que pase, tenemos que comprobar esas medidas de seguridad, ¿no es así?

—Sí… ¡Sí, pero ya ha matado usted a tres personas, y…!

—No te oye —le recordó Dupré.

—Pues ya que así es —siguió Monique, como si hubiese recibido respuesta afirmativa por parte de Thevenet—, vamos a seguir el juego. Caiga quien caiga, Jules. Le diré lo que voy a hacer ahora… Y será inútil que me llame para aconsejarme que no lo haga, o que se ponga en mi camino para intentar impedírselo, porque estoy dispuesta a llegar hasta el plan ZCZ 7.000, a toda costa. Y si a usted le interesa conseguir ese plan, hará exactamente todo lo que le diga, a partir del momento en que yo salga de esta casa. Escuche bien, Jules: yo voy a…

Capítulo VIII

El coche se detuvo delante de las verjas de la hermosa villa, iluminando con las luces largas unos arbustos de bonitas flores rojas. Además de llevar encendidas las luces largas y apuntarlas hacia la casa que se veía al fondo, la persona que conducía aquel coche estaba tocando con gran insistencia el claxon, organizando el lógico alboroto en la quietud de la noche.

Dentro del recinto de la hermosa villa, comenzó a notarse movimiento, se encendieron algunas luces, se oyeron gritos de hombre. Ante las verjas, aparecieron muy pronto dos hombres, armados de metralletas, que miraban, sin ver, hacia el conductor del coche. Las verjas fueron abiertas, y aparecieron dos hombres más, que corrieron hacia el coche, abrieron las dos portezuelas delanteras, y metieron dentro sus armas.

—¡Salgan de ahí! —gritó uno de ellos—. ¡Y deje de tocar el claxon!

El claxon dejó de sonar. Las luces largas fueron sustituidas por las cortas, por el ya apaciguado conductor. Es decir, conductora. Llegaron corriendo dos hombres más. Uno de ellos llevaba una pistola en la mano derecha y una linterna en la izquierda. La luz de la linterna dio de lleno, primero, en el rostro de Monique Lafrance. Se oyó una exclamación de sorpresa.

Y luego:

—Es la mujer que encontró el coch…

El hombre no dijo nada más. El resplandor de la luz de la linterna había permitido al otro ver lo que había en el asiento de atrás, en el momento en que Monique Lafrance, que parecía no poder ni siquiera respirar, recuperaba el uso de la palabra y empezaba a decir:

—¡A Maurice le ha…!

—¡Es el jefe! —fue interrumpida—. ¡Usted, salga de ahí ahora

mismo, con las manos en alto!

—Permítame que les explique…

—¡No explique nada ahora! ¡Salga del coche, pronto! ¡Llevadla a una celda!

—¡Pero no…! —empezó a protestar Monique.

—¡Cállese! ¡Y salga de una maldita vez! —Fue arrancada del asiento y sacada del coche con tal rudeza que cayó de rodillas al exterior—. ¡Avisad al doctor y llevaos a esta mujer, pronto! ¡Apagad todas las luces, todo tiene que volver a la normalidad aparente! ¡Los controles totales en funcionamiento!

En un santiamén, todo quedó como si nada hubiese ocurrido y como si nada estuviese ocurriendo; desaparecieron los hombres, las luces fueron apagadas, todos los controles volvieron a funcionar en silencio y a todo ritmo…, y en medio de este aparente orden, tan bruscamente conseguido, Monique Lafrance fue llevada a una de las celdas especiales del Centro.

En realidad, era uno de los dormitorios de la bonita villa florida, sólo que la ventana estaba protegida por una artística reja de hierro, entre cuyos barrotes se retorcían tallos de plantas trepadoras y flores. En cuanto a la puerta, no parecía nada especial, pero Monique comprendió que dos hombres armados quedaban fuera, en el pasillo.

La puerta se abrió casi una hora más tarde. Entraron tres hombres, mirando a todos lados. Vieron a Monique tendida en la cama, y fruncieron el ceño. Ella se puso en pie, y preguntó, ansiosamente:

—¿Cómo está Maurice?

—Usted sabe muy bien que está muerto —replicó secamente uno de los visitantes—. Mejor dicho; ya estaba muerto cuando llegó aquí. ¿Lo sabía o no?

—No…, no. De verdad que no… Él estaba en mi casa, y de pronto se sintió mal, y me pidió que le trajese aquí. Por el camino me fue diciendo por dónde tenía que ir… ¿Quién de ustedes es Lucien Dautreuil?

—Ninguno de nosotros es Dautreuil —causó sorpresa la pregunta de Monique—. ¿Por qué pregunta por él?

—Tengo que hablarle, tengo que decirle algo, de parte de Maurice… Y Maurice decía que cuanto antes, mejor. Sólo hablaré

con Lucien Dautreuil.

Hubo unos segundos de silencio, como de indecisión. Los tres hombres cambiaron una mirada. Uno de ellos musitó algo al oído de otro, que asintió. Al instante, los tres abandonaron la habitación.

Cinco minutos más tarde, la puerta volvía a abrirse, y aparecía un solo hombre, que llevaba en la mano derecha el maletín rojo, con florecillas azules, de Monique Lafrance.

—Esto estaba en su coche —dijo el recién llegado—. Estaba con los técnicos en el laboratorio, examinándolo, cuando vinieron a buscarme… Yo soy Lucien Dautreuil.

—¿Por qué tengo que creerle?

El hombre quedó estupefacto un instante. Luego, sonrió.

—Hijita, no sé qué decirle. Me cree o no me cree, pero no espere que le traiga a mi madre para que le confirme quién soy.

—Quiero ver algún documento de usted. Sé que ustedes llevan una tarjeta de identidad especial. Quiero verla.

—Mire, quizá antes deberíamos hablar de su maletín, que ha inquietado a nuestros técnicos hasta el punto de que, al ser llamado yo para venir a verla, se me ha pedido que se lo trajera para que tenga la… amabilidad de indicarme si hay algún mecanismo peligroso. Y también deberíamos hablar de Maurice, ¿no le aparece?

—Hablaremos de todo, si usted me demuestra que es Lucien Dautreuil.

El hombre hizo un gesto de resignación, y sacó su billetera, de la cual extrajo una tarjeta, que tendió a la espía. Ésta la miró rápidamente, y luego volvió a mirar al hombre, que sonrió.

—¡No me diga ahora que le demuestre que no he falsificado mi tarjeta de identidad del Centro! —exclamó.

Ella devolvió la tarjeta, siempre mirando con suma atención a Dautreuil, como parecía ser en efecto. Era más bien bajo, de rostro redondo, afable, y ojos grandes y oscuros, sonrientes. Grueso quizá en exceso, vestido un tanto desaliñadamente, con manos velludas y sonrosadas; era una mezcla de niño cándido y de adulto con capacidad para el sentido del humor. Debía tener más o menos la edad del conde de Treville.

—Está bien. Respecto a mi maletín, poco hay que contar, así que vamos a olvidarlo. Ahora, Lucien, usted va a creerme o no, pero yo voy a explicarle lo que ha ocurrido entre Maurice y yo. La verdad es

que nos sentimos atraídos el uno por el otro, en cuanto nos vimos, cuando él fue al río por lo del coche que…

Lucien Dautreuil escuchó, sin interrumpir ni una sola vez. Simplemente, escuchaba. No daba la impresión de desconfiar, ni de confiar. Escuchaba, y nada más.

—… Y cuando esta noche nos disponíamos a cenar, Maurice se llevó las manos al pecho, gritó algo y cayó al suelo, delante del sofá. Se recuperó pronto, y me dijo que era un ataque al corazón, aunque nunca los había sufrido. Pero el día de hoy ha sido terrible para él: ha descubierto que hay un traidor en El Centro. El mismo traidor que ha ocasionado las muertes de Michel Arly y Jeanne Calvet… Y eso fue lo que le afectó tanto, hasta el punto de provocarle un colapso… que ha sido fatal.

Dautreuil encendió un cigarrillo, parsimoniosamente. Luego, preguntó:

—¿Le dijo el nombre del traidor?

—No… No. Todavía no lo sabía.

—Ya. Y todo eso…, ¿se lo dijo Maurice a usted, mientras lo traía hacia aquí, siguiendo sus indicaciones?

—Sí. Y también me dijo que tenía usted que pedirle a la computadora el pian ZCZ 7.000, borrar luego la memoria magnética de la computadora, y marcharse de aquí con el plan, hacia París, sin decirle a nadie lo que estaba ocurriendo. Sólo cuando el plan estuviese a salvo, debía usted, desde París, denunciar la existencia de un traidor en El Centro, para que se tomen las medidas pertinentes.

—Entiendo. ¿Y qué se supone que debo hacer con usted?

—Llevarme a París, y ponerme bajo custodia hasta que el traidor haya sido encontrado aquí, en El Centro.

—¿Le dijo Maurice en qué consistía el plan ZCZ 7.000?

—No… Habló algo de los españoles y de los norteamericanos, dijo algo de turnos…, pero no entendí bien, ni mucho menos.

Lucien Dautreuil ya no preguntó nada más. Estuvo fumando, en silencio, hasta terminar el cigarrillo. Todavía estuvo, luego, no menos, de un par de minutos mirando hacia la ventana, como queriendo ver algo en la oscuridad de la noche. De pronto, se puso en pie, y salió del dormitorio, sin más.

Monique Lafrance abrió, de pronto, los ojos, coincidiendo esto con

la apertura de la puerta del dormitorio. Se sentó rápidamente en la cama, mirando a los dos hombres que entraban. Uno de ellos señaló el maletín de la espía, que estaba sobre un silloncito junto a la cama.

—Recoja eso: nos vamos.

—¿Nos vamos? —Se sobresaltó Monique—. ¿Adónde?

—A París. Dese prisa.

Todo lo que tuvo que hacer Monique, puesto que se había dormido vestida, fue ponerse en pie, recoger el maletín, y salir del dormitorio en pos de los dos hombres. Miró la hora en su relojito de platino y brillantes: eran las tres y media de la madrugada.

Descendieron, en silencio, a la planta baja. En el vestíbulo, un hombre de guardia les miró con evidente interés, sobre todo a ella. Fuera, en el porche, había otro. Monique no había visto ni un solo dispositivo de alarma en sitio alguno. Claro que no había visto de la casa más que el vestíbulo, los escalones hasta el primer piso, y la celda donde había permanecido… En cuanto al jardín, ni siquiera había dado dos pasos por él que no fuesen para llegar a la casa, procedente de las verjas de entrada… Lo cual tendría que hacer ahora, sólo que a la inversa…

Pero no.

Esta vez ni siquiera tendría que caminar, porque les estaba esperando un coche, que señaló uno de los hombres. Éstos también entraron en el coche, uno delante, junto al conductor, y el otro detrás, junto a Monique, que quedó así entre él y Lucien Dautreuil.

—¿Qué… qué pasa? —inquirió Monique.

—Seguimos su consejo, simplemente —dijo con tono quedo Dautreuil—. Vámonos ya, Fernand.

El conductor asintió, y condujo hacia la salida de la villa. En determinado momento, Monique vio el reflejo de las aguas de la piscina. Era una noche clara, muy estrellada. Dentro del coche reinaba el silencio absoluto. El motor hacía menos ruido que los neumáticos al pasar sobre la grava del sendero… Las verjas fueron abiertas antes de que el coche llegase ante ellas, sin duda obedeciendo la señal que el conductor lanzó con los faros.

Un minuto más tarde, el coche rodaba alejándose del Centro, lentamente, sin luz alguna, ni siquiera las reglamentarias de posición. Era poco probable que a aquella hora alguien estuviese

por allí para darse cuenta de ello, sin embargo…

—¿Vamos a ir en coche hasta París? —preguntó Monique.

—No —replicó amablemente Dautreuil—. Iremos en coche hasta el aeropuerto de Marsella, donde nos está esperando una avioneta.

—Ah… ¿Ha hecho usted lo que deseaba Maurice?

—Desde luego —Dautreuil alzó con la mano izquierda el portafolios que llevaba entre su cadera de ese lado y la portezuela —. Obtuve el plan actual ZCZ 7.000, y he borrado la memoria magnética. Ya veremos si por hacer caso a Maurice…, es decir, a usted, no me gano una buena reprimenda, en París.

—¡No me diga que no se ha puesto en contacto con París, antes de tomar una decisión!

—Lo he hecho, pero no ha sido posible comunicar con la persona definitiva en este asunto, de modo que he tenido que tomar decisiones propias, si no quería perder más tiempo… ¿Qué le ocurre?

—No sé —jadeó Brigitte, llevándose una mano a la garganta—. Me… me estoy mareando… Creo que voy a… a… ¡Por favor, frene! ¡Pare el coche!

El conductor obedeció, y volvió la cabeza. Los cuatro hombres se quedaron mirando a la mujer, que parecía a punto de desmayarse. Tenía los ojos cerrados, y su boca se abría en un gesto de angustia.

—Quizá deberíamos volver al Centro para pedir algún…

—No, no —cortó ella—. Ya me encuentro mejor… Ha sido un mareo pasajero… ¡Nunca me había ocurrido!

—Bueno —disculpó el amable Lucien Dautreuil—, todo ocurre una primera vez, señorita Lafrance.

—Sí… Claro… Me parece que tengo sales en mi maletín…

Lo abrió, encontró una botellita, y luego sacó también una compresa blanca, en la que vertió unas gotas del líquido de la botellita… No era necesaria tanta pulcritud y exactitud en la actuación, porque nadie parecía sospechar que aquella compresa, por sí sola, era una mascarilla antigás… Tampoco ninguno de los cuatro hombres se enteró siquiera de que quedaba fulminantemente dormido cuando la espía internacional apretó con fuerza sus rodillas una contra otra, reventando así la pequeña cápsula de cristal que llevaba adherida con una delgada tira de esparadrapo color carne. Por supuesto, al hacer esto Baby tenía ante su boca y nariz la

mascarilla antigás, de modo que el gas no le afectó a ella.

Para más seguridad, esta vez no esperó quince segundos, que ya eran cinco más de lo necesario, sino que esperó veinte, antes de retirar la mascarilla de delante de su boca y nariz.

Todo estaba bien… para ella. Guardó la compresa antigás, cerró el maletín, tras colocar en él cuidadosamente la botellita de líquido reconfortante…, y que en modo alguno había precisado realmente, ya que se encontraba en óptimo estado, y salió del coche, pasando por encima de las rodillas del hombre de su derecha. Este hombre fue el primero en ser retirado del interior del coche, y dejado tumbado en la cuneta de la carretera. Pasarían por lo menos dos horas antes de que despertase.

Segundos más tarde, dejando a cuatro hombres durmiendo profundamente junto a la carretera, Monique Lafrance se alejaba, al volante del coche. Eran apenas las cuatro menos veinte de la madrugada.

—¿Qué hora es? —preguntó, una vez más, Thevenet.

Hacía tan poco que lo había preguntado, que Dupré ni siquiera necesitó mirar su reloj para contestarle:

—Las cinco menos diez.

Thevenet movió la cabeza. Luego, señaló fuera del coche en el que llevaban esperando toda la noche prácticamente, a un kilómetro del Centro de Chateaurenard.

—Pronto amanecerá… Ella no lo ha conseguido, esta vez.

—No tenemos nada mejor que hacer que esperar —encogió los hombros Dupré—. Yo me estoy acostumbrando a no dormir, como los murciélagos.

—Los murciélagos duermen.

—De día, igual que yo. Bueno, ¿qué esperábamos? Tampoco hay que creer que el mundo que nos rodea es imbécil, ¿verdad? La han cazado, ella estará dando explicaciones de todo, identificándose como la agente Baby, etcétera… Es posible que hayan ido ya a buscarnos al puesto de control de Aviñón. Y si no nos han cazado aquí es porque para ver una luz de bengala no teníamos que estar donde ella nos indicó expresamente, sino que podemos hacerlo desde otra posición más a nuestro gusto. Y quizá esa precaución nos haya salvado el pellejo.

—Quizá. Pero si… ¡La bengala!

Pierre Dupré también vio la bengala. Era imposible no ver aquella línea de luz intensa, ascendiendo hacia el negro cielo, lleno de estrellas. La luz de la bengala parecía una estrella más luminosa que todas las demás juntas. Y aún más cuando, al llegar a su techo, se dividió en varias estrellas de luz cegadora, que comenzaron a descender lentamente.

—Lo ha conseguido —jadeó Dupré—. ¡Ha conseguido el plan ZCZ 7,000!

—No sé si creérmelo —exclamó Thevenet, impresionado—. ¡Vamos a reunirnos con ella en Marsella! ¡Pronto saldremos de dudas, cuando nos encontremos en la rue Benoit Malon!

En ese mismo instante, a las cinco menos siete minutos de la madrugada, la espía internacional Monique Lafrance detenía el coche delante de la vieja pero confortable casa de la rue Benoit Malon, de Marsella.

Se apeó, recogió del asiento contiguo su maletín y el portafolios de Lucien Dautreuil, y se dirigió hacia la puerta.

Capítulo IX

Cuando la puerta se abrió, apareció la asombrada cara de uno de los jugadores de ajedrez. Estaba en pijama. Atónito, dejó pasar a Monique, cerró la puerta, y masculló, con voz ronca:

—¿Qué pasa?

—Fierre y Jules llegarán dentro de una hora. He conseguido lo que queríamos… Quiero ver inmediatamente a *Monsieur* Nez.

—Pero… está durmiendo…

—Lo despertaremos. ¿Y los demás?

—Todos estábamos durmiendo. Jules llamó desde Aviñón, y dijo que posiblemente iban a regresar a Marsella, pero ya de día. Los esperábamos a los tres, según tenía esperanzas Jules.

—Hemos tenido que separarnos. Bien, vamos a ver a *Monsieur* Nez.

—Avisaré al doctor.

—Como quiera. Pero yo voy ya a conversar con él.

Segundos más tarde, Monique Lafrance entraba en el dormitorio de *Monsieur* Nez, y encendía la luz. En el lecho, el hombre profusamente vendado se agitó, movió la cabeza, abrió los ojos…

—¿Qué pasa? —farfulló.

Monique acercó una silla, y se sentó junto al lecho.

—Buenos días, *Monsieur* —saludó alegremente—. ¿Cómo van sus huesos? ¿Todo bien? ¿Mejorando, al menos?

—¿De dónde sale usted? —jadeó Nez.

—Oh, vamos, *Monsieur*, usted sabe bien que puedo salir de cualquier parte, pero —mostró el portafolios en alto— siempre después de conseguir mi objetivo.

—¿Ha conseguido el plan ZCZ 7.000? —gritó Nez.

—Evidentemente. Está dentro de este portafolios… ¿Quiere que le haga un resumen de su plan, *Monsieur*??

—Sí… Sí, desde juego.

—Vea, *Monsieur*, con todo y ser la agente más mimada de la CIA, ni siquiera a mí se me había puesto al corriente del plan ZCZ 7.000. Pero, realmente, esta vez no le guardo rencor a la CIA. Es un plan… interesante e inteligente. Usted sabe que la OTAN forma una especie de… barrera militar disuasoria con respecto a posibles y súbitos deseos de expansión territorial por parte de la Unión Soviética. ¿Cierto?

—Sí, sí.

—Bien. Pero la OTAN, como todas las cosas de este mundo, se está haciendo vieja. Queramos a no, se está relajando. Es como… como el motor de un coche: por bien cuidado que esté, por sólido que sea, llega el momento en que lo mejor no es seguir cuidando ese motor sino desecharlo definitivamente o temporalmente y de modo escalonado, y comprar otro motor, naturalmente, nuevo. Esto es lo que han hecho, conjuntamente, Estados Unidos, España y Francia.

—Han hecho… ¿qué?

—Crear una línea secreta de contención soviética para un caso de emergencia. ¿Sabe cuál es esa línea, *Monsieur*?? Es una línea doble, en realidad. El primer punto de contención para los rusos sería el Macizo Central Francés, y, si éste punto de contención fallaba, estaban los Pirineos. Eso ya sería insalvable para los rusos, no por el macizo montañoso en sí, sino porque mientras los rusos sufrían bajas y distracción de fuerzas en el Macizo Francés, en los Pirineos se concentrarían fuerzas norteamericanas, francesas y españolas, que cerrarían el camino a España a los rusos. Y en España se formaría la más grande plataforma militar, jamás conocida en la historia de la guerra… Desde cuya plataforma, naturalmente, los rusos comenzarían a ser empujados de nuevo a Rusia…, con todas las consecuencias que su intento de invasión traería. ¿Lo comprende, *Monsieur*??

—Desde luego —jadeó *Monsieur* Nez—. ¡Usted está diciendo que Francia, España y Estados Unidos se han aliado, a espaldas de los demás países europeos!

—Bueno, no es exactamente así, algo que parece sonar a traición… No, no es eso, *Monsieur*. Es simplemente una cuestión de máxima seguridad. Si nadie lo sabe, nadie podrá atentar contra esa

alianza y todas sus disposiciones tácticas discretísimas. En realidad, toda Europa va a tener un respaldo secreto con ese plan ZCZ 7.000, que, en definitiva, sí consiste en toda una serie de… medidas de seguridad. Medidas de seguridad que se van tomando cada doce horas.

—No comprendo…

—Se lo explicaré. En El Centro se están recibiendo constantemente informes sobre todos los movimientos de las tropas rusas en todo el continente europeo y hasta Vladivostok, en el extremo oriental asiático. Estos informes son enviados por agentes especiales españoles, franceses y norteamericanos. Cada doce horas, esos informes son suministrados a la gran computadora del Centro, previamente programada según los máximos conocimientos militares actuales, procedentes de estrategas de los tres países. Con estos conocimientos constantemente vigentes, la computadora, a un requerimiento de su manipulador, daría, en cuestión de segundos, la respuesta exacta respecto a las medidas logísticas a tomar de inmediato, si los rusos pretendían esa expansión. Ni que decir tiene que la computadora, es decir, el plan ZCZ 7.000, que ella suministraría en cuestión de segundos, contiene todos los detalles militares, civiles, económicos, etcétera, necesarios para que los ejércitos soviéticos se estrellasen de narices contra el Macizo Central Francés. Como máximo, contra los Pirineos, donde, mientras tanto, ya sin disimulo, y como le he dicho, se habría organizado la más grande plataforma militar del mundo, pues llegaría hasta Cádiz. ¿Lo comprende ahora, *Monsieur*??

—Sí, pero…

La puerta del dormitorio se abrió, y apareció el hombre en pijama, acompañado del doctor Mauriac y la enfermera.

—Señorita… —empezó el médico.

—Fuera —graznó *Monsieur* Nez—. ¡Fuera todos de aquí!

Los dos hombres y la mujer respingaron, y se apresuraron a obedecer al herido. Cuando la puerta estuvo cerrada de nuevo, Monique emitió una simpática risita.

—No debe tener tanto mal genio, *Monsieur*. A fin de cuentas, le estoy hablando de asuntos que significan una gran seguridad para Francia, y para toda Europa. Bien… ¿Ha comprendido ya en qué consiste, en líneas generales, el plan ZCZ 7.000?

—Desde luego. Pero ha sido lamentable que para que usted consiga esto, tuviesen que morir tres personas del Centro… ¿O acaso han muerto más?

—No —rió Monique—. Los cuatro hombres que salieron conmigo del Centro están solamente dormidos. En cuanto a Michel Arly, Jeanne Calvet y Maurice de Treville, están vivos, naturalmente.

—¿Qué…? ¿Qué dice, qué…?

Como por arte de magia, la pistolita de cachas de madreperla apareció en la mano derecha de la agente Baby.

—Oh, vamos, *Monsieur*… *Monsieur*… ¿Cómo debo llamarle? ¿Cuál es su nombre?

—¡Pero qué dice…! ¡Brigitte, soy…!

—Perdone, *Monsieur*, pero no es frecuente en *Monsieur* Nez llamarme Brigitte. Creo que en todos estos años que nos conocemos, lo habrá hecho… un par de veces, o poco más, y, preferentemente en momentos digamos de gran agradecimiento. Por lo general, *Monsieur* Nez me llama *mademoiselle*. Por otra parte, *Monsieur* Nez tiene los ojos del mismo color que usted, igualmente inteligentes y vivos, pero… más pequeños. ¡Por el cielo, es absurdo que ustedes hayan creído realmente que podrían engañar a Baby, en una cosa así! ¿Quién es usted, *monsieur*? Es un ruso, naturalmente, pero… ¿cuál es su nombre?

—¿Qué importa mi nombre? —suspiró el hombre vendado y escayolado.

—Sí me importa a mí, por dos motivos. Uno, simple curiosidad. Dos: casi siempre notifico a la MVD mi pesar por haber tenido que eliminar a tal o cual de sus agentes. Cortesía profesional.

—No le diré mi nombre… hasta que usted me explique cómo supo, realmente, que yo no era su amigo Nez.

—Ya le he dicho lo de los ojos. Y la voz… ¡Qué truco tan ingenuo, fingirse débil, emitir esa voz velada, irreconocible…! Pero, además, ¡tantas pequeñas cosas! Por ejemplo, el simpático Pierre Dupré insistió en llevarme el maletín, cosa que nadie, enviado por *Monsieur* Nez, habría hecho. Cuando vi sus ojos, poco más tarde, comprendí que se me estaba tendiendo una trampa. Y pensé, en el acto, que para que usted supiese tantas cosas de Nez y del Centro, tenía que haber un traidor por medio, así que ése fue mi inicial

objetivo: localizar a ese traidor, antes de vengar a *Monsieur* Nez, a quien creí muerto… Pero también podía ser que Nez estuviese vivo, y fuese él quien les estaba informando de muchas cosas, drogado, torturado, mental y físicamente aplastado… Por lo tanto, mi actuación tenía que cubrir esas dos posibilidades. Ahora sé que Nez no ha muerto, y que está en poder de ustedes…

—¿Cómo sabe eso?

—Durante cuatro días, mientras Jules y Pierre creían tenerme a mí bajo completo control, ellos han estado controlados a su vez. Jules ha venido dos veces a Marsella, y siempre ha venido aquí, nunca a otro sitio. Quiere decir que no disponen ustedes de otro lugar, sólo de éste, y que, por tanto, *Monsieur* Nez está en esta casa. Del mismo modo que sé esto, sé ya que no hay traidor alguno en El Centro, por lo tanto, ya que ha sido el pobre *Monsieur* Nez quien les ha facilitado toda la información. De modo que, en cuanto estuve segura de esto, comencé mi plan, secuestrando a dos empleados del Centro. Eso fue lo único auténtico que hice…, pero, mientras los llevaba a la casa alquilada en Aviñón, no estaban dormidos por el gas, como debían creer nuestros observadores Jules y Pierre, sino, simplemente, desvanecidos por mis golpes, ya que el gas que les administré no era tal gas: no era nada. Por lo tanto, en cuanto noté, detrás mío, en el coche, que Arly y la muchacha comenzaban a despertar, a moverse, yo comencé a darles mi explicación, y acto seguido, toda una serie de instrucciones, que debían trasladar a Maurice de Treville cuando, por la mañana, pero todavía de noche, yo simulase asesinarlos, tirándolos al río con el coche… Sí. A partir del momento en que Jeanne Calvet y Michel Arly comenzaron a despertar, todo lo demás ha sido una farsa, siempre bien dirigida por mí, en honor a ese par de tontos, llamados Jules y Pierre… Mejor dicho: Ivan e Igor, por ejemplo, ya que ambos son también rusos. ¿No es cierto, *Monsieur*??

—¿Y a mí cómo me llama? ¿Boris?

—Cualquier nombre es bueno para morir, *Monsieur*. Pero si no quiere darme su nombre verdadero para que lo notifique a la MVD, allá usted.

—Nos ha estado engañando todo el tiempo… ¿Tampoco es cierto que se acostase con Maurice de Treville?

—¡Claro que me acosté con él! —Rió Monique—. Pero

simplemente, para dormir. Y le aseguro, *Monsieur*, que el conde de Treville es todo un caballero. Incluso, pobre hombre, lo pasó bastante mal cuando por exigencias de mis instrucciones tuvo que abrazarme y besarme, y tenerme entre sus brazos… ¡Todo un caballero, el señor conde!

—Se está burlando de mí —jadeó el herido falso.

—Así es. Pero todo cuanto le digo sucedió de ese modo: nada de relaciones sexuales con Mauricie de Treville, mentira que él esté muerto, mentira que tirase al río, drogados, a los dos agentes del Centro… Realmente, *Monsieur*, ustedes tienen muy mal concepto de la agente Baby. En cambio, Maurice de Treville, durante el trayecto del río a mi casita de Aviñón, fue sumamente amable y comprensivo, y se mostró dispuesto a obedecerme en todo y a poner a todos sus hombres y recursos a mi disposición. Todo, con tal de asegurarse de que El Centro seguiría funcionando, que sus medidas de seguridad eran buenas, que las medidas de seguridad antirrusas seguirían en marcha, y que yo podría rescatar con vida a *Monsieur* Nez… ¿Está todavía vivo o ya muerto, no pudiendo soportar más las drogas y los malos tratos?

—Todavía está vivo…, y podemos hacer un trato.

—¿Cuál trato?

—La vida dé él y la de usted, a cambio de la mía.

—Eso ya no es posible, *Monsieur* Boris, porque mi vida ya no vale nada. Es evidente que lo primero que le sonsacó usted a *Monsieur* Nez fue mi nombre auténtico y mi dirección en Estados Unidos, a fin de hacerme venir. Usted quería que yo probase a conseguir al plan ZCZ 7.000, por dos motivos. Uno, ningún riesgo para ustedes. Dos: si no lo conseguía la agente Baby, se podía considerar que no lo conseguiría. ¿No es así, *Monsieur*??

—Sí. Primero cazamos a Nez, y cuando supimos quién era Baby, y que podíamos disponer de ella, montamos el resto del plan para utilizarla a usted. Pero al principio no lo habíamos pensado así, sólo queríamos tener a Nez para que nos dijese qué había en Aviñón. Y ahí comenzó todo. En sus delirios, Nez la mencionó a usted, le preguntamos si conocía su verdadera identidad, y, cuando lo admitió, ya no descansamos hasta que nos lo dijo. Así empezó todo, con los frecuentes viajes de Nez a Aviñón.

—A pequeñas causas, grandes efectos —musitó Monique—.

Después de tantos años a salvo, ahora ya sabe la MVD quién es Baby, y lo fácilmente que puede encontrarme en Nueva York. En definitiva, *Monsieur* Boris, usted ha conseguido terminar con la vida activa de Baby. Tendré que esconderme…, lo cual no me gusta nada, pero…

—Mi vida a cambio de la suya, insisto.

—Y yo insisto en que…

—La MVD no sabe nada… todavía.

—¿La MVD no sabe que Baby es Brigitte Montfort?

—Todavía no.

—¿Cómo es eso posible?

—Este había de ser mi último trabajo fuera de Rusia… Es lo que más deseo: dejar el servicio activo, e instalarme en uno de los despachos directivos de la MVD. Pero, para conseguir esto, hay que presentar siempre un gran triunfo…, y yo quise que éste fuese el mío. De modo que todavía no he dicho en Moscú quién es Baby. Por el momento, por lo tanto, sólo la sabemos Jules, Pierre y yo.

—¿El doctor, no? ¿Ni nadie más de esta casa?

—Nadie más. Eso es demasiado importante para ponerlo en conocimiento de simples asalariados. El doctor, la enfermera, los demás, son franceses, aventureros contratados. En cuanto al doctor, ni siquiera es doctor, simplemente está haciendo su papel…, igual que usted se lo ha hecho hacer a los empleados del Centro…, sólo que usted ha tenido mejor suerte que yo…, hasta el momento.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo? Y además, si los dejo con vida a los tres, será lo mismo que si la MVD entrase en posesión de mi secreto, de todos modos.

—No. Podemos ser agradecidos, podemos… llegar a un acuerdo. Usted debe ser muy rica… ¿Cuánto nos pagaría por nuestro silencio para siempre? Ponga una buena cantidad, y nosotros preferiremos seguir cobrando durante años, antes que delatarla a la MVD, y que ésta le envíe uno o varios asesinos para terminar con usted.

—Me está mintiendo. Sólo quiere salvar su vida.

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—En ese caso —Monique Lafrance alzó de nuevo la pistolita para apuntar al rostro vendado del ruso—, sólo tengo que matarlo, y hacer lo mismo luego con Jules y Pierre.

—Si usted me mata, la carta será devuelta al remitente, Y dentro

de una semana, la MVD sabrá quién es usted.

—¿De qué carta habla? ¿Qué remitente?

—Acérquese un poco más, le diré el nombre de…

Monique Lafrance inició un gesto para acercarse más al falso herido, pero, al mismo tiempo, éste se movió, queriendo girar hacia la espía, que comprendió en el acto, y tan a tiempo como era necesario para salvar la vida…

El estampido no se oyó apenas, pero el vendaje abundantísimo que cubría todo el brazo derecho de *Monsieur* Nez fue perforado por la bala, y, acto seguido, chamuscado por la combustión de los gases; una pequeña llamarada negruzca apareció en el lugar que ocupaba la mano del soviético, y la bala pasó zumbando por encima de la cabeza de la divina espía, que saltó hacia atrás y, al mismo tiempo, disparó con su pistolita.

Plof, chascó la pequeña arma.

La cabeza de *Monsieur* Nez fue empujada con tal fuerza que rebotó en la almohada, para volver a caer, inerte. De momento, ni siquiera se vio el agujero en los vendajes, pero, sólo cuatro o cinco segundos más tarde, apareció una suave mancha rosada donde debía estar el entrecejo del suplantador que contemplaba el techo con los ojos muy abiertos…

De pronto, Monique recuperó su inmovilidad tras el certero disparo, al oír los golpes en la puerta, un tanto tímidos.

—¿Ocurre algo? —Oyó la voz del falso médico—. ¿Podemos entrar?

La espía comprendió que no habían oído los disparos, pero sí la caída de la silla, empujada por ella al saltar hacia atrás.

Tras brevísima vacilación, fue hacia la puerta, y la abrió, colocándose a un lado, ocultando la pistola. En la cama, el cadáver no presentaba nada especialmente interesante, a simple vista.

—Pasen los tres… ¿Y los otros?

—Están abajo, esperando, por si han de hacer algo —dijo el hombre que había abierto la puerta a Baby.

Ésta cerró la de la habitación, se volvió hacia el hombre, que entonces vio la pistolita en su mano, y, antes de que tuviese tiempo ni de abrir la boca, le golpeó con el arma bajo la oreja izquierda. El hombre puso los ojos en blanco, emitió un gemido, y se derrumbó.

La pistolita quedó inmediatamente apuntada hacia el médico y

la enfermera, que habían respingado, y contemplaban asustados a la espía.

—Ustedes tres, y los dos de abajo, no me interesan, ya que no saben nada de nada, en realidad. Han oído unas cuantas palabras, quizá un hombre, pero en realidad, insisto, nada saben, ya que ese hombre —señaló al falso Nez— no les ha dado explicaciones. Son ustedes conejos metidos en asuntos de tigres. La pregunta es: ¿prefieren recibir los zarpazos o salir bien librados?

El médico y la enfermera se miraron. Luego, miraron a Monique, tan expresivamente, que ella sonrió.

—Comprendido. Les voy a dar una ampolla de cristal que sacaré de mi maletín. Usted, doctor, cargará con este hombre, y la… enfermera. Llevará la ampolla sostenida entre dos dedos. Irán adonde están los otros dos, usted dejará a este hombre en el suelo, y usted, jovencita, apretará la ampolla hasta romperla. ¿De acuerdo?

—¿Qué… qué nos pasará? —tartamudeó la enfermera.

—Dormirán durante cuarenta y ocho horas. Cuando despierten estarán lejos de aquí, y no deberán volver para nada, ni comentar lo sucedido con nadie. Créanme, están saliendo muy bien librados. Sería una necedad por su parte complicar las cosas.

—No las complicaremos —aseguró el doctor Mauriac.

—Será lo mejor para ustedes.

Baby entregó segundos después la ampolla a la enfermera, pero teniendo la precaución de colocarse ante la boca la compresa antigás… De todos modos, no hubo juego sucio por parte de los asustados asalariados del terceto de agentes rusos que habían querido acaparar la gloria de cazar a la agente Baby y llevar a Rusia la noticia de la existencia del Centro y del plan ZCZ 7000. Como suele decirse, la avaricia rompe el saco…, y en aquella ocasión, a los tres rusos les iba a costar más cara que la rotura de un saco su codicia y su deseo de no permitir que nadie más de la MVD interviniese en lo que tendría que haber sido una gran acción soviética. El egoísmo personal nunca conduce a nada productivo, generalmente…

Los dos hombres alzaron la cabeza al oír entrar a los tres, y se sobresaltaron al ver a su compañero sobre el hombro del doctor Mauriac, y, acto seguido, la pistolita en la mano de Baby. Se quedaron inmóviles, mientras la enfermera y el doctor caminaban

hasta colocarse junto a ellos… Un instante después, los cinco estaban profundamente dormidos.

Baby regresó al dormitorio de Nez rápidamente, recogió su maletín, y colocó el portafolios, por supuesto vacío, ya que en ningún momento había contenido plan alguno, sobre la pierna escayolada y sostenida en alto por el juego de poleas del agente soviético.

—La actuación no ha sido mala, colega… ¡Hasta tienes verdaderamente escayolada la pierna! Felicitaciones… Y ahora, vamos a esa bodega. Si me he equivocado, mala suerte: lo sentiré por el pobre *Monsieur* Nez…

Capítulo X

Tras cruzar silenciosamente el amplio garaje, llegó ante la doble puerta de sólida madera, que cerraba la bodega. La empujó, y frunció el ceño al no poder moverla. Empujó con más fuerza, y la hoja derecha cedió. Un rectángulo de misérrima luz, procedente del garaje, se deslizó por el embaldosado piso de la bodega. Monique buscó el interruptor' de ésta, pero no lo encontró.

—¿*Monsieur* Nez? —llamó.

Silencio absoluto.

La espía vaciló. Por fin guardó la pistola en el maletín, y sacó de éste la pequeña linterna-bolígrafo, que en tantas ocasiones le había sido útil. Con ella en la mano derecha, y el maletín en la izquierda, se introdujo en la bodega, lanzando el fino rayo de luz hacia todos lados.

—¿*Monsieur* Nez? —insistió.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¡Se había equivocado! Cierto que aquella gente había capturado a Nez, pero debían tenerlo en otro sitio. Allí no había…

Monique Lafrance lanzó un alarido de auténtico espanto, sobresaltadísima, cuando, al doblar la esquina de unas estanterías, apareció ante ella, súbitamente, iluminado de lleno por el pequeño círculo lumínico de su linternita, el rostro de Fleur, la enorme camarera de la casa. Casi al mismo tiempo, dos manos aferraban su garganta, fuertemente.

—¿Qué has hecho con mi Boris? —Rugió en ruso la mujerona—. ¿Quién te ha permitido entrar aquí?

Monique quiso contestar, pero estaba realmente aterrada, ante aquel rostro hirsuto, feroz, lleno de luz y de sombras. En su mente, la verdad se iluminó, de pronto: Fleur era rusa también, y si estaba en la bodega era porque allí había algo importante. Tenía que ser

Nez… Y ella, Fleur, era quien lo cuidaba de noche, y, seguramente, quien estaba encargada de mantenerlo con vida. De otro modo, si Nez hubiese muerto… ¿por qué tenía-que estar en la bodega aquel monstruo feroz y poderoso?

—¡Contesta! ¿Qué has hecho con mi Boris?

Brigitte Montfort, alias Monique Lafrance, alias Baby, reaccionó de pronto, al darse cuenta de que Fleur la estaba sometiendo a una estrangulación taimada, lenta, eficacísima. Notó el primer vahído, y entonces reaccionó: movió el brazo izquierdo, impulsando con toda su fuerza el maletín, que golpeó en la mejilla derecha de Fleur, zarandeando su cabezota.

Fleur lanzó un rugido. No un grito de dolor, o de sobresalto; simplemente, un rugido, mientras sus manos apretaban más la delicada garganta que tenía entre ellas. Un ronco gemido brotó de la garganta de Monique, que volvió a golpear aquella cabezota con el maletín…, para comprender que era inútil. La cabeza le dio un millón de vueltas. Entonces, dejó caer la linterna, cerró el puño, y lo disparó con toda su fuerza.

Entonces, si. Entonces se oyó un rugido de dolor, cuando el tremendo *tsuki* aplastó brutalmente el enorme seno izquierdo de la gigantesca mujer. Baby retiró el puño, y volvió a golpear del mismo modo, con toda su potencia, salvajemente. Notó cómo su puño se hundía en aquella masa de carne, que parecía crujir, abrirse…, pero las manos de Fleur seguían aferrando su garganta, con una fuerza enloquecedora, mientras, rugiendo siempre, la mujerona zarandeó a Baby como si ésta fuese una liviana muñequita, golpeándola contra las estanterías, que se estremecieron. Se oyó chocar de vidrio, sonidos cristalinos. Con otro golpe, debieron caer varias botellas, porque se oyó su estallido contra el suelo… En la negrura de la bodega, los ojos de Brigitte Montfort estaban por sí mismos sumergidos en una negrura aún más densa.

Volvió a golpear, ahora un poco más arriba y a la izquierda, y algo crujió. El tremolante alarido de intenso dolor le llegó como de muy lejos. ¿Era ella, que se estaba alejando de la vida, o la vida de ella? Golpeó de nuevo, y su puño dolorido se hundió en algo blando, en algo que reventó, salpicándola. Golpeó todavía otra vez, y de nuevo algo crujió… Estaba golpeando otra vez cuando se dio cuenta de que podía respirar mejor. En alguna parte, había luz… De

nuevo golpeó, ahora de arriba abajo, como dispuesta a partir una viga de hierro con el tremendo *tegalana*. Otra vez oyó un rugido, y un viento caliente golpeó en su rostro… Notó un golpe fuerte en las nalgas, luego su cabeza resonó…

Al abrir los ojos, vio en seguida el resplandor. Giró en el suelo, y vio la delgada raya de luz. Su linterna… Más allá, la luz que llegaba del garaje sólo unos metros adentro de la bodega. Recogió la linterna, se puso en pie, y movió la luz. Le dolía la cabeza… Había caído primero sentada, y luego de cabeza, perdiendo el sentido. Seguramente sólo unos minutos, quizá ni siquiera uno…

—¡Dios…! —gritó, saltando hacia atrás.

La luz de la linterna quedó fija en aquel rostro horrendo, que tenía un ojo reventado, la frente hundida, la mandíbula inferior rota, torcida hacia un lado… Del ojo reventado brotaba aún sangre y una ligera masa acuosa repugnante… Fleur estaba allí, de pie todavía, apoyada en la estantería, muerta.

¿O no estaba muerta?

Baby puso dos dedos en la carótida derecha, y así estuvo varios segundos, esperando notar algún latido. En vano. Empujó con esos mismos dedos, y la mole cayó al suelo, donde rebotó y rodó, hasta quedar tendida de cara al techo, horrenda, estremecedora.

—¿*Monsieur* Nez? —llamó Brigitte.

Se desplazó, lanzando por delante el rayo de luz. Estaba percibiendo el olor a… a… a linimento. Sí, a linimento. Pero en pocos segundos más, había recorrido la bodega, sin ver a nadie, más que a Fleur tendida en el suelo. Sin embargo, persistía el olor a linimento… De pronto, Baby lanzó una exclamación, y comenzó a golpear con los nudillos las grandes cubas que se suponía estaban llenas de vino. La tercera que golpeó sonó a hueco, a vacío. Pasó detrás, y, en efecto, allá estaba la entrada a la «habitación» que había sido habilitada allí, dentro del enorme barril.

Se introdujo en él, hacia el camastro, en cuyo borde se sentó, mientras iba viendo aquel cuerpo flaco, aquellos brazos desnudos, llenos de morados violentos y sujetos con cadenas, que pendían de clavos hundidos en la húmeda madera. Por fin, la luz se deslizó por el demacrado rostro, por la enorme nariz, por la exangüe boca…

—Santo Dios… *Monsieur*… ¡*Monsieur* Nez!

—*Allons enfants de la patrie*… *Allons enfants de la patrie*… —comenzó a canturrear *Monsieur* Nez, mientras sus apagados ojos se movían de un lado a otro, lentamente.

—*Monsieur*… Soy yo: Brigitte Montfort… Baby…

—*Allons enfants de la patrie*… *Allons enfants de la patrieeeee*…

Brigitte tuvo, de pronto, uno de sus accesos de congoja. Aquel pobre ser humano estaba todavía creyendo que algo servía de algo en la vida del espía, que cantando el himno francés cerraba su mente a toda pregunta del exterior, y que de este modo no contestaría a ninguna pregunta que le hiciesen. En aquella pobre mente torturada, persistía la idea de que no había dicho nada, de que nada diría, por mucho que lo torturasen o lo drogasen…, cuando la verdad era que lo había dicho todo; todo lo que le habían preguntado, lo había contestado. Para el ser humano, ciertamente, no existen medidas de seguridad…

La divina espía pasó una mano por las demacradas facciones del jefe del espionaje francés, mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—De acuerdo *monsieur* —tembló su voz—. ¡Adelante, muchachos de la patria, adelante…!

Eran casi las seis de la mañana cuando Jules Thevenet y Pierre Dupré llegaron a Marsella, a la rue Benoit Malon. Se apearon del coche, fueron a la puerta de la casa, y llamaron. Los dos palidecieron cuando la puerta fue abierta por un hombre al que no conocían, y junto al cual aparecieron tres más, empuñando sendas pistolas. Los dos a la vez volvieron la cabeza, como buscando una esperanza de fuga, y entonces vieron otros cuatro hombres, aparecidos cualquiera sabía de dónde, y que, en silencio, con las manos en los bolsillos, les contemplaban fijamente.

Thevenet y Dupré bajaron la cabeza, entraron en la casa, y fueron conducidos a la sala. Allá, aparte del doctor, la enfermera y los demás empleados por el terceto soviético, estaba Baby, naturalmente. Y con ella, dos hombres más; tendido en el sofá, lívido el semblante, abiertos los ojos, el hombre narigudo que hasta entonces había sido su prisionero, dentro de un barril vacío de vino.

Jules Thevenet miró a la mujer de los grandes ojos azules. Ojos

azules, inmensos, bellísimos, que ahora estaban fríamente fijos en él. Y comprendió que, en todo momento, ella había mandado en el juego, que la bengala, última señal convenida para indicarles que todo iba bien, con respecto al Centro, no había sido lanzada por ella cerca del Centro, sino por colaboradores franceses…, mientras ella se les adelantaba, para tomar por asalto la casa de Marsella… En un instante, como si su mente se llenase de luz, Jules Thevenet comprendió toda la inmensidad de la jugada de Brigitte Baby Montfort, que había jugado en todo momento con todas las medidas de seguridad a su favor.

—Felicidades —sonrió, de pronto, Thevenet—. Parece que he perdido la apuesta. Y supongo que todo el equipo de Aviñón estará ya también en manos de ustedes. Dígame: ¿cómo piensa cobrarse la apuesta?

—He cedido mis derechos al SDECE —musitó Brigitte—. Y me parece que sus miembros no están contentos por el modo en que han estado tratando a uno de sus jefes.

—¿Qué quiere decir? —Palideció Dupré.

—Caminen hacia la bodega —ordenó secamente uno de los espías franceses.

—No —jadeó Thevenet—… No, no… ¡No!

—Tengan un poco de dignidad —sugirió Brigitte—. Ya que no han sabido tomar buenas medidas de seguridad para sobrevivir a un enfrentamiento conmigo, tengan al menos dignidad para morir. Sólo se trata de un balazo en la nuca.

—No, no, no… ¡Por favor, no…!

—Llévenselos —dijo fríamente Baby Montfort.

Este es el final

—*Ça va monsieur? Tout va bien?*

El jefe del SDECE movió una mano, para tomar una e Brigitte, que apretó suavemente.

—Esto no podré pagártelo nunca, Brigitte.

—En efecto, porque sólo tiene usted una vida.

—Que ahora es de usted.

—Tonterías… ¿Qué haría yo con su vida, *Monsieur*?? Me conformo con la mía.

—Es una inteligente actitud —sonrió Nez, mirando las flores que Brigitte había dejado en su cama de la clínica privada del SDECE— … ¿Han quedado solucionados… todos los problemas?

—Absolutamente todos. Su suplantador tenía razón: había una carta que significaba mi vida o mi muerte. Fue muy astuto: escribió una carta dirigida a nombre de Gerard Noisy, a la dirección de la casa de Marsella, y cuyo remitente era un agente de la MVD, conocido de él, que estaba trabajando normalmente en Marsella. Si cuando un amigo suyo cursase la carta, él estaba vivo y en la casa, diría ser Gerard Noisy y se haría cargo de la carta. Pero, si a él le había ocurrido algo, nadie recogería la carta a nombre de Noisy, y entonces la carta iría a parar a manos del remitente, es decir, el agente soviético que, sin saber de qué iba el asunto, se encontraría con una carta que él no había enviado, pero en la que constaba como remitente. Naturalmente, abriría la carta, y entonces vería dentro un papel, en el que, en ruso, simplemente ponía: Brigitte Montfort, residente en Nueva York, es la agente Baby… Y de este modo, la MVD habría sabido quién era yo.

—Pero no lo sabe —exclamó *Monsieur* Nez.

—Santo cielo, no… ¡Ni lo sabrá! A menos que a usted vuelvan a cazarlo los rusos, *Monsieur*

—Lo siento de veras… Creo que tendré que adoptar… más medidas de seguridad.

—No se torture; a cualquier espía puede pasarle lo mismo que a usted.

—Supongo que sí. Respecto al plan ZCZ 7.000…

—¿Qué plan? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno, el plan que…

—No sé de qué me habla, *Monsieur*. Es cierto que cierto caballero fue tan amable de decirme en qué consistía cierto plan, pero no recuerdo en qué consiste. A decir verdad, no sé nada de nada.

—Sin embargo, ese plan existe, y Estados Unidos y la CIA forman parte de él.

—Estoy un poco sorda —sonrió la divina espía—. Esta semana de espera, mientras sus muchachos del SDECE aguardaban en la casa de Marsella para hacerse cargo de la carta que yo estaba convencida de que llegaría, yo he estado tomando el sol, y nadando… Y me parece que me ha entrado en los oídos una gran cantidad de mar Mediterráneo.

—¿Ha estado usted por el Mediterráneo? ¿Dónde?

—Adivine, adivine… Una isla, el sol, el mar…

—Ha estado en Malta, con Número Uno…

—Como le digo, *Monsieur* —Brigitte se hurgó graciosamente una orejita—, me ha entrado tanto Mediterráneo en los oídos, que no oigo nada…

FIN

Notas

[1] Servicio de Espionaje y Contraespionaje Francés. < <

[2] *Monsieur* Nez, alto jefe del espionaje francés, es un viejo amigo de Baby, que ha aparecido en otras aventuras una bella y relativamente pequeña ciudad francesa, que no está muy lejos de aquí; unos sesenta kilómetros. < <

[3] *Direction de la Surveillance du Territoire* = Dirección de la Vigilancia del Territorio, organismo francés que cumple, entre otras cosas, labores de contraespionaje. < <